

XIX  
RA  
S. J. 2

EL RETRATO DE LA LOZANA ANDALUZA,  
UN ESTUDIO DE COSTUMBRES Y PRECURSOR DE LA NOVELA PICARESCA

.....

Una tesis  
~~presentada a la Facultad de Filosofía y Letras~~  
~~de~~  
~~la~~ Escuela de Verano  
de  
la UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
en cumplimiento ~~parcial~~  
de los requisitos fijados para la consecución del título  
de  
Maestro de Artes en Español

por

Milton Gerard Reamy

...

Agosto, 1946





Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## I

### Introducción

El libro que nos ha proporcionado el asunto de esta tesis es de suyo interesante, pues posee el valor especial de ser uno de los pocos escrito en lengua española que pone de manifiesto el influjo que ejerció sobre la vida italiana la dominación de España en el primer cuarto del siglo XVI. Es ésta la época del auge del imperialismo hispano, los tiempos de Carlos V, del Gran Capitán, de los conquistadores y exploradores españoles. Hombres éstos, que animados por una fe religiosa ilimitada y armados de una energía incontrastable, llevaron la colonización y el imperialismo de su patria a su punto culminante. A La lozana andaluza le correspondió salir en los albores de la Edad de Oro, aquel siglo y medio que por la energía de su inspiración y la profusión de creaciones vigorosas que produjo, son pocos las etapas de la literatura mundial que pueden igualársele. La lozana andaluza es una fiel copia de los sentimientos y de las costumbres de ese mundo italiano españolizado imperante en la ciudad de Roma del cual formó parte el autor. La exposición que hace La lozana de este ambiente cargado de los nuevos afanes y de las nuevas concepciones de la vida que trajo aparejado el Renacimiento formará parte importante de este escrito. Las andan-

zas y la vida libre y desarraigada de la protagonista colocan la obra en el camino definitivo que conduce a la novela picaresca, motivo que nos permite estudiarla detenidamente bajo esta luz.

Nos hemos propuesto la finalidad adicional de rendir un veredicto justo e imparcial de esta obra de la cual algunos comentadores se han mostrado escandalizados, y sus juicios resultan, por consiguiente, empañados por un prejuicio intransigente. Además tenemos el propósito de concretar las indicaciones accidentales y esbozadas que han hecho otros críticos al tratar de La lozana, y de dispensar a la obra la atención que su importancia amerita. Es nuestro fin el de presentar dentro del alcance del mismo ensayo un estudio orgánico y de aspecto total de este libro del que antes sólo se había ocupado restringidamente.

Todo trozo que hemos tenido a bien citar de La lozana se ha desprendido de la edición de Madrid, 1916 realizada por Eduardo María de Segovia.

## II

### El autor- su vida y obra

Son pocas las noticias que han llegado a nosotros de la vida de Francisco Delicado. En las portadas de sus varias obras hace constar que fué natural del pueblo andaluz de la Peña de Martos y, además, que desempeñó el cargo de vicario del valle de Cabezuela. Empero, según se desprende del Mamotreto XLVII de la Lozana, había nacido en Córdoba, o de todos modos, en algún pueblo de su diócesis:

"Lozana.- Señor Silvano, ¿Que quiere decir que el Auctor de mi retrato no se llama Cordovés, pues su padre lo fué, y él nació en la diócesi?"

Silvano.- Porque su castísima madre y su cuna fué en Martos, y como dicen, no donde naces, sino con quien paces."I

Antes de pasar a Italia durante el pontificado de Julio II(1503-13) fué discípulo de Nebrija,<sup>2</sup> y se hizo ordenar clérigo. Se cree que en Roma obtuvo el vicariato del valle de Cabezuela, y que por motivo de la relajada disciplina de su tiempo, su calidad sería nominal y se le permitía la residencia "in curia".

En Roma, indudablemente trabó amistad con Juan del Enzina y Bartolomé de Torres Naharro. En el Momotreto XI de la Lozana

1. Edición de Eduardo María de Segovia, Madrid, 1916, p.185.

2. "Sag.- Eso que está escrito, no creo que lo leyese ningún poeta, sino vos, que sabéis lo que está en las honduras, y Lebrija lo que está en las alturas..." Ibid., p. 204.

aparece un trozo nominalmente atribuido a Enzina:

"...como dixo Juan de la Encina, que cul y cap y foje y cos se echan fuera, voto a Dios."<sup>3</sup>

Alfonso Reyes<sup>4</sup> supone que Delicado tomó esta sentencia de una conversación que sostuvo con el primitivo dramaturgo español, y que por tanto, le debió haber conocido, si no durante la primera permanencia de Enzina que duró de 1496 hasta 1515, seguramente cuando pasó nuevamente a Roma en 1522. Torres Naharro representó su comedia Tinellaria ante León X (1513-21), lo cual demuestra que la residencia de Delicado en Roma coincidió con la de Torres Naharro. A mayor abundamiento, a juzgar por la cita de la Tinellaria que se hace en la Lozana,<sup>5</sup> es evidente que Delicado tuvo noticia de sus obras, y hasta bien pudo haberle conocido personalmente.

Estando en Roma Delicado escribió La lozana andaluza en 1524, mas no la publicó hasta cuatro años después en 1528 en la ciudad de Venecia. Aquí se había refugiado el autor después de la salida de Roma del ejército imperial español en febrero de 1528 que unos meses antes había sometido a la capital italiana a un saqueo de gran amplitud. En varias ocasiones los personajes en tono profético hacen alusiones al saqueo de Roma,<sup>6</sup> hecho que nos da por creer que el autor refundió y enmendó la Lozana después de ocurrido el saqueo y antes de su publica-

3. p. 30.

4. "La Garza Montesina", Sur, 1938, no. 42, p. 29.

5. "...quiero que me leais, vos que teneis gracia, las coplas de Fajardo y la comedia Tinalaria y a Celestina, que huelgo oir leer estas cosas mucho." p. 185.

6. "Loz.- ¿Que predica aquél? vamos allá.



ción en 1528. La añadidura al final de una epístola en que se refiere algunos aspectos de la Roma devastada robustece esta presunción.

La lozana andaluza circuló como obra anónima, a no dudar, por parecerle al autor harta licenciosa, pero el año siguiente publicó abiertamente un opúsculo sobre la curación del "mal francés"<sup>7</sup> a cuyo final consta un privilegio para su impresión extendido por el Papa Clemente VII el 4 de diciembre de 1526 en el cual se le llama al autor Francisco Delgado. Acaso fué éste su verdadero apellido, y que la forma "Delicado" es una versión italianizada del mismo adoptado por el autor. Sea esto como fuere, siempre usó el apellido de Delicado en sus publicaciones, y en razón de este hecho así llamaremos al autor a través de este ensayo.

En Venecia Delicado se dedicó a la corrección de libros españoles para editores de aquella ciudad. Produjo ediciones de gran mérito del Amadís de Gaula(1533) y del Primaleón y Polendos(1534), ambas muy apreciadas por los bibliófilos. En la introducción de este último libro reconoce la Lozana como obra suya: "...como lo fuf yo quando compuse la Locana en el común hablar de la polida Andalucía." Entre sus trabajos de correc-

Ramp.- Predica cómo se tiene de perder Roma, destruirse el año de XXVII, mas dícelo burlando." p. 56.

"Loz.-...Y agora que há un año que parece que no se dice otro sino carne, carne, carne salata, yo digo que gran carnicería se ha de hacer en Roma." p. 170.

7. Véase post. p. 20.

tor cuentan también dos ediciones de la Celestina(1531),(1534), y posiblemente una rarísima de la Cárcel de amor.

Finalmente, compuso Delicado la obra De consolatione infirmorum de que sólo se conserva el título, y del cual nos da noticia el propio autor:

"...y si por ventura os viniere por las manos un otro tratado de Consolatione infirmorum, podéis ver en él mis pasiones, para consolar a los que la fortuna hizo apasionados como a mí."<sup>8</sup>

Estos pocos datos fragmentarios que no nos proporcionan siquiera el lugar y la fecha de su muerte, constituyen toda noticia que hasta la actualidad se ha podido sacar a luz de la vida y obra de Francisco Delicado.

Delicado fué, a mi parecer, un hombre netamente representativo de su tiempo. Sin llegar a ser humanista se destaca, sin embargo, como persona imbuída del espíritu renacentista por su fondo de cultura, por sus disposiciones artísticas, por sus gustos literarios de que dan testimonio sus labores de corrector de libros, por su asociación con otros literatos y por el goce estético y carnal que sin duda caracterizó su existencia en una Roma a la vez turbulenta y refinada. Su cultura es, en el fondo, popular y de aspecto tradicional. Su familiarización con las letras clásicas se reduce al conocimiento del latín y la asimilación orgánica del Asno de oro de Apuleyo, al cual alude numerosas veces en la Lozana.<sup>9</sup> Por lo demás, se

8. La lozana andaluza, p. 259.

9. Cf. pp. 207, 235, 251 y 252.



asoman a través de las páginas de la Lozana unas pocas alusiones mitológicas, unas referencias aisladas a sucesos acontecidos durante la dominación del Imperio Romano y varias noticias calificadas como "arqueología infantil" por Menéndez y Pelayo.<sup>10</sup> Con todo, esta cultura variada y somera de Delicado viene a ratificar su carácter inequívoco renacentista.

10. "...el aguja de piedra que tiene la ceniza de Rómulo y Remo." p. 53.

"...os puedo mostrar al Rodriguillo español de bronce; hecha fué estatua en Campidolio, que se saca una espina del pie y está desnudo." p. 36.

Cf. "Orígenes de la novela", t. III, p. CXCI.

### III

#### La lozana andaluza

como espejo de costumbres y de la influencia española en Italia

Para mayor comprensión de la influencia que ejerció España en la vida italiana de las primeras décadas del siglo XVI, y para apreciar con más provecho las noticias fértiles que incorpora la Lozana sobre el particular, conviene hacer un esbozo histórico de las relaciones hispanoitalianas desde sus principios.

La primera intervención directa en la vida política y social italiana fué por parte de los mercaderes catalanes, y de los reyes de la casa de Aragón. A partir del siglo XII, se estableció un comercio entre Barcelona, Génova y Pisa. Con el tiempo este comercio se hizo cada vez más intenso. En 1282 Pedro III de Aragón efectuó la conquista del reino de Sicilia a donde emigraron muchas familias catalanas. A principios del siglo XIV los catalanes, atraídos por la corte de Roberto de Anjou, empezaron a establecerse en Nápoles. La fama de avaros que tuvieron los catalanes en España, trascendió a Italia. A medida que se iban extendiendo por la península, la hostilidad por parte de los italianos hacia ellos, también crecía. Por su afán de lucro se decía de ellos "los catalanes sacan de las

piedras panes."<sup>11</sup>

Tan pronto como Alfonso V de Aragón(1416-58) arrebató el reino de Nápoles a la última reina de Anjou después de larga guerra las familias de origen nobiliario en España, y aún las ya radicadas en Sicilia emigraron a Nápoles. A la muerte de Alfonso le sucedió en el trono del reino de Nápoles su hijo bastardo, Fernando.

El carácter del nuevo monarca era cruel y vengativo, su conducta, traicionera, por lo que se separaron del reino de Nápoles los dominios de Cerdeña y Sicilia. Esto determinó la desconformidad de los españoles quienes perdieron todo interés por emigrar a tierras italianas. En consecuencia muchos de ellos, incluso los catalanes, regresaron al patrio solar. El tío de Fernando, Juan II de Aragón(1458-79), quien al principio no mostró interés hacia el reino de Nápoles, temió que la casa de Anjou se posesionara de él, y ansioso por evitar la mengua de corona española despojó a su sobrino de los dominios de Cerdeña y Sicilia, que a pesar de su separación seguían perteneciendo nominalmente a su reino. Los españoles que no volvieron a España, y que permanecieron en Nápoles, único dominio en poder de Fernando, se asimilaron a la cultura napolitana, y se fusionaron con la población nativa.

Hacia fines del siglo XV la casa de Anjou logró desposeer a la corona de España de una parte del Reino de Nápoles, y de

11. Citado por Croce, España en la vida italiana durante el Renacimiento, p. 31.

este modo quedó el reino repartido entre los franceses y españoles hasta que Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, lo reconquistó para el imperio de España en 1503.

La corriente española en Roma se inició con la exaltación de Alfonso Borja (Calixto III (1455-58) al pontificado. Los españoles que se trasladaron eran en su mayoría catalanes y valencianos. El advenimiento de Calixto III trajo como consecuencia la difusión del idioma y de las modas españolas.<sup>12</sup> Por primera vez se celebraron en Roma las corridas de toros y los juegos de cañas.

El apellido Borja se italianizó en Borgia, y la casa de este nombre adquirió gran preponderancia en la vida italiana. Rodrigo Borgia, sobrino del primer Borgia, Calixto III, logró ser electo pontífice romano, y adoptó el nombre de Alejandro VI (1492-1503). Es curioso el hecho de que César, hijo de Alejandro VI, era diestro en el manejo de la muleta y la espada corta, pues se dice que el 24 de junio de 1500 hallándose detrás del Vaticano, "vestido de simple justador, con la espada corta y la muleta, a pie, se las vió con cinco toros, a los que mató, quitando la cabeza de uno de ellos."<sup>13</sup> Otras corridas se verificaron en 1512 como parte de los festejos en las bodas de Alfonso de Este con Lucrecia Borgia. A pesar del entusiasmo español para esta clase de espectáculos, las corridas

12. Véase post, pp. 60-62.

13. Croce, op. cit., p. 81.

de toros no llegaron a formar parte de las costumbres italianas.

La reconquista de Nápoles efectuada en 1503 por el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, intensificó la influencia española en Italia. La solemnidad de la etiqueta española, las diversiones y la lengua, fueron acogidas con interés por los naturales, quienes consideraron todo esto como un plan de vida superior al suyo, puesto que procedían de un pueblo poderoso y vencedor. Los italianos se compenetraron tanto del espíritu galante y caballeresco español, que cultivaron los modos ceremoniosos, la formalidad artificiosa, la fastuosidad y la pompa españoles. La moda española en el vestir compitió con la francesa y la alemana.<sup>14</sup>

Bien enterada estaba la Lozana de la facilidad de palabra y de la propensión de sus paisanos a no prometer u ofrecer más regalo que el de su esmerada conversación:

"Loz.- Por el alma de mi padre, que ya sé que sois Alixandro, que si fuédes español no seríades proveído de melon, sino de buenas razones."<sup>15</sup>

Por esta época la cultura italiana era superior a la española, ya que Italia por más de un siglo había sido la cuna y abanderada del Renacimiento que luego penetró en todo el medio día de Europa. Los hombres de letras españoles de los albores

14. "...mira que prenóstico tan claro, que ya no se usan vestes ni esarpes francesas, que todo se usa a la española." La lozana andaluza, p. 217.

"Castiglione juzgaba preferible para los italianos la moda española, como la más grave y la más sencilla que se ajustaba perfectamente a su carácter." Corteggiano, II, 27, 37. Citado por Croce, op. cit. p. 162.

15. p. 107.

del siglo XVI nutrieron su inspiración en las creaciones y formas literarias italianas. Así lo demuestran las obras de Boscán, Garcilaso, Encina y Torres Naharro. Galateo en su obra De Educatione, hace amarga crítica, exagerada y con algunas equivocaciones, del dominio español en Italia. Lo califica de factor corruptor en la vida italiana:

"¡Ojalá hubiera evitado Dios que las naves españolas hubieran llegado a las playas italianas! ¿Qué nos enseñaron ellos? Ni las letras, ni las armas, ni las leyes, ni el arte de la marina, ni el comercio, ni la pintura, ni la escultura, ni la agricultura, ni ninguna otra disciplina civil, sino la usura, el hurto, la piratería, la esclavitud naval, los juegos, la prostitución, el amor con las meretrices, la profesión de sicario, los cantos blandos y lúgubres, los platos árabes, la hipocresía, los lechos blandos y delicados, los unguentos, los perfumes, las ceremonias de resa y otras tantas variedades, dignas de ellos, verdaderos bárbaros, y que son menos libidinosas que malas. De los franceses primero, y de los españoles después, especialmente en el reino de Nápoles, proceden los vestidos pomposos y recargados con otros malos hábitos; desde que llegaron, aumentaron los vicios del juego y de la mentira."<sup>16</sup>

A pesar de las corrientes literarias italianas de aquella época en la literatura española, no perdieron interés para los italianos las obras españolas, algunas de las cuales tuvieron gran popularidad entre ellos. Por entonces había centros italianos de cultura en donde se leía a autores españoles de la época. La obra de Torres Naharro, Propalladia, editada en Nápoles en 1517, los diálogos de Mercurio y Carón y de Lactancio de Alfonso de Valdés, editados en 1529, y las ediciones de li-  
16. pp. 117, 123-5, 151. Citado por Croce, op. cit., p. 109.

bros de caballerías corregidas por el mismo Delicado, dan una idea del gusto italiano por la literatura española.

El aliento costumbrista que se encuentra en las páginas de la Lozana, está relacionado con la prostitución que a la sombra de la Roma renacentista, se desenvolvía considerablemente:

"...Roma, triunfo de grandes señores, paraíso de putas, purgatorio de jóvenes, infierno de todos, fatiga de bestias, engaño de pobres, peciguera de bellacos."<sup>17</sup>

Hace el autor, además, pinturas de la vida galante de las ramerías, y conduce al lector por los bajos fondos de la sociedad romana.

La prostitución en toda Italia alcanzó proporciones increíbles, según consignan algunos historiadores de entonces. A principios del siglo XVI la ciudad de Venecia que contaba con una población de 300.000 habitantes, tenía en sus lupanares 11.654 mujeres. En 1490 el número de prostitutas que vivían en Roma, llegaba ya a 6.800.<sup>18</sup> Las perspectivas de una vida de placer y de fácil lucro atraían no solamente a las ramerías nacionales, sino también a las extranjeras que venían a Roma. En la Lozana aparece una amplia enumeración geográfica de ellas:

"Loz.- Decíme, señor, esas puntas, o cortesanas, o coro las llamáis, ¿son todas desta tierra?

Balij.- Señora, no, hay de todas las naciones, hay españolas, castellanías, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas, portuguesas, navarras, catalanas y valencianas,

17. La lozana andaluza, p. 56

18. Cf. Menéndez y Pelayo, op. cit., p. CXCVII.

aragonesas, mayorquinas, sardas, corsas, sicilianas, napolitanas, bruceas, pullesas, calabresas, romanescas, aquilanas, senesas, florentinas, pisanas, luquesas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas, ferraresas, modonesas, brecianas, matuanas, raveñanas, pensauranas, urbinesas, paduanas, veronesas, vicentinas, perusinas, novaresas, cremonesas, alexandrinas, vercelesas, bergamascas, trevijananas, piedemontesas, saboyanas, provenzanas, bretonas, gasconas, francesas, borgoñonas, inglesas, flamencas, tudescas, esclavonas y albanesas, candiotas, bohemias, húngaras, polacas, tramontanas y griegas."19

Delicado trata con especial detenimiento de las meretricas venidas de su propia patria. El tráfico de prostitutas españolas comenzó con la llegada a Nápoles de mujerzuelas de placer de España durante el reinado de Fernando de Nápoles (1458-94), y aumentó en el apogeo de los Papas Borgia.

"...que fué en tiempo de Alejandro VI, cuando Roma truinfaba, que había más putas que frailes en Venecia, y filósofos en Grecia, y médicos en Florencia..."20

En la Lozana se hace alusión a lo que sin duda fué el triste destino de un grupo de mujeres españolas que llegaron a Roma para ganarse la vida en el oficio ya indicado.

"Loz.- ¿Habrá diez españolas en toda Roma que sean malas de cuerpo?

Balij.- Señora, catorce mill buenas, que han pagado pontaje en el golfo de Leon.

Loz.-¿A qué vinieron?

Balij.- Por hombres para conserva.

Loz.-¿Con quién vinieron?

Balij.- Con sus madres y parientas.

Loz.- ¿Dónde están?

Balij.- En Campo Santo."21

La calidad de las españolas queda expresamente declarada:

19. pp. 82-83

20. Ibid., pp. 114-5

21. p. 85.





"Loz.- ¿Que quiere decir que vienen tantas a ser putas en Roma?

Balij.- Vienen al sabor y al olor; de Alemania son traídas, y de Francia son venidas, las dueñas de España vienen en romeaje, y de Italia vienen con carruaje.

Loz.- ¿Cuáles son las más buenas de bondad?

Balij.- ¡Oh! las españolas son las mejores y las más perfectas."<sup>22</sup>

En la obra se hacen algunos pormenores de la vida corriente que llevaban las rujeres dedicadas al negocio de explotar su cuerpo. Las reretrices de poca monta tenían la costumbre de mudarse de casa cada tres meses:

"Loz.- ...las putas cada tres meses se mudan por parecer fruta nueva.

Escudero- Verdad es, mas las favoridas no se mudan.

Loz.- Pues yo no só favorita, y quiero buscar favor"<sup>23</sup>

Los habitantes de los burdeles de Roma tenían que hacer frente a numerosos gastos, y estaban sujetas al pago de un tributo anual:

"...en pinsiones o alquiler de casas, la una ha envidia a la otra, y dexan pagada aquélla por cuatro meses, y todo lo pierden por mudar su fantasía, y en comer, y en mozos, y en vestir y calzar, y leña y otras provisiones, y en infantescas, que no hay cortesana, por baja que sea, que no tenga su infantasca, y no pueden mantenerse así, y todavía procuran de tenerla buena o mala; y las siervas, como han sido putas, sacan por partido que quieren tener un amigo que cada noche venga a dormir con ellas, y así roban cuanto pueden."<sup>24</sup>

"...ellas han dado por no ser vistas, quién anillo, quién cadena, y después enviará cada una qualche litigante por lo que dió, y es una cosa que pagan cada una un ducado al año al capitán de Torre Sabela."<sup>25</sup>

22. Ibid., pp. 84-85.

23. Ibid., p. 133.

24. Ibid., pp. 133-4.

25. Ibid., p. 35.

Delicado, a través de su larga estancia en Roma, alternó con buen número de meretrices tanto italianas como paisanas suyas; muchas de ellas intervienen en el diálogo de la Lozana. Con excepción de la Lozana, predilecta del autor, éste trató con cortesanas tan ricas y ostentosas como la Imperia de Aviñón, madona Clarina, la favorita y la difunta de los Ríos. Pero la mayoría de sus conocidas fueron de menor categoría: tales como la de Castañeda, la de Toro, la sevillana, la Doro-tea, la Lombarda, la Garza Montesina, la señora Apuleya, la señora Virgilia, la señora Angelina, la señora Terencia, Teresa Narbaez, la Xerezana, la Pimpinela, la Flaminia, madona Pe-legrina y madona Sabina.

El vicio y la lujuria de la Italia renacentista, tanto en su plano elegante y refinado como en sus aspectos viles y bajos, tuvieron sus repercusiones en España. Las ciudades del litoral oriental y de España, enriquecidas por el tráfico marítimo con Italia, no tardaron en acusar el contagio de las costumbres degeneradas de Italia. A partir del siglo XV se revela un crecimiento sensible en la depravación social de España. Valencia llegó a distinguirse en este aspecto. Como es natural, la fama de Valencia, a su vez, volvió a correr por toda Italia. Bandello la recuerda en sus obras:

"Valencia es una gentil y nobilísima ciudad donde...hay bellísimas y preciosas mujeres que alegremente saben enamorar a los hombres. En toda Cataluña no hay más lasciva y amorosa ciudad que Valencia..."<sup>26</sup>

26. Novelle, parte I, nov. 42. Citado por Croce, op. cit., p.75.

También Delicado sabía muy bien la reputación de Valencia:

"Divicia-...en Medina ni en Burgos no había quien se me comparase, pues en Zaragoza más ganaba yo que puta que fuese en aquel tiempo, que por excelencia me llevaron al publike de Valencia, y allí combatieron por mí cuatro rufianes..."<sup>27</sup>

Delicado conocía a la gente de baja condición apretada en sus moradas desvencijadas y apestosas tan a fondo como a los personajes del mundo lupanario. Habla de las "camiseras castellanas" que habitaban el barrio de Pozoblanco, las napolitanas que tenían por oficio "hacer solimán, y blanduras, y afeites y cerillas, y quitar cejas, afeitar novias, y hacer mudas de azúcar candi y agua de arofeifas..."<sup>28</sup> Estas aprendían el arte de los cosméticos de sus maestras las judías a cuyo número pertenecían: Mira de la Murcia, Engracia, Perla, Jamila, Rosa, Cufra, Cintia y Alfarutia.<sup>29</sup> Señala los diferentes oficios de los moradores del campo de Fiore: los médicos charlatanes, los carbiadores, los lenceros y borceguineros, los vendedores de afeites y pomadas, los predicadores que se las echaban de profetas, los sacamuelas y rufianes; en fin, toda clase de estafadores que se ganaban la vida explotando a los incautos.

El autor se detiene en la descripción de la condición judaica en Roma. Los Papas Sixto IV e Inocencio VIII publicaron bulas contra los judíos y marranos en 1483 y 1487 respectivamente. En 1492, año que vió la expulsión de los judíos

27. La lozana andaluza, p. 201.

28. Ibid., p. 15.

29. Ibid.

de España, vinieron muchos a Italia a buscarse la vida. De la misma manera que los hebreos elevaron el nivel cultural en la Edad Media, los zefarditas establecidos en Roma descollaron por su profunda cultura:

"...ésta es sinoga de catalanes, y ésta de abajo es de mujeres, y allí son tudescos, y la otra franceses, y ésta de romanescos e italianos, que son los más necios jodíos que todas las otras naciones, que tiran al gentílico, y no saben su ley; más saben los nuestros españoles que todos, porque hay entre ellos letrados y ricos, y son muy resabidos..."<sup>30</sup>

En las primeras décadas del siglo XVI abundaban los militares españoles en Italia, hecho que se explica por la terquedad que manifestó Carlos V en defender el Milanesado y el reino de Nápoles contra las pretensiones imperialistas de Francisco I de Francia y las maquinaciones de los mismos italianos que abrigaron la esperanza de librarse de todos los invasores "bárbaros" que se encontraban en su territorio. Debido al gran número de judíos y "marranos" refugiados en Italia, y a la hábil manera con que se asimilaron a la generalidad de la población, era la cosa más natural que los nativos del país sospechasen de los antecedentes religiosos de los soldados españoles. Y por encima, la antipatía que los naturales observaban hacia los militares, les llevaron a denunciarles con las injurias, "loco", "judío" y "marrano", palabras que con el tiempo se profirieron contra todos los españoles en general. Croce, sin embargo, hace patente que andando el tiempo, estos términos perdieron todo

30. Ibid., pp. 58-59.

sentido ofensivo, y que más bien, se redujeron a ser una usanza retórica y habitual.

La Lozana da noticia del trato libre que existió entre cristianos y judíos en Roma, así como la obligación que tenía todo varón de estirpe judaica de llevar en su traje una señal roja:

"Loz.- Decíme, señoras mías: ¿hay aquí jodíos  
Beat.- Munchos, y amigos nuestros; si hubiérades  
menester algo dellos, por amor de nosotras os harán  
honra y cortesía.  
Loz.- ¿Y tratan con los cristianos?  
Beat.- Pues ¿no lo sentís?  
Loz.- ¿Y cuales son?  
Beat.- Aquellos que llevan aquella señal colorada.  
Loz.- ¿Y ellas llevan señal?  
Beat.- Señora, no; que van por Roma adobando novias  
y vendiendo solimán labrado y aguas para la cara."<sup>31</sup>

¿Qué otra cosa formó parte de la vida de la época? Las enfermedades ubicuas que siempre han acosado a la humanidad, pero que por la falta de medidas sanitarias y los pocos adelantos en el terreno de la ciencia médica, causaron verdaderos estragos entre las poblaciones de las ciudades de los siglos pasados. Allá por el año 1480 hizo sentir su presencia el "mal francés." Esta enfermedad medró perniciosamente en los ejércitos españoles y franceses que se disputaron la dominación del reino de Nápoles. Pfandl nos da un resumen conciso de la propagación que logró este mal:

"De los años de 1500 data el conocimiento de la sífilis en España, posiblemente introducida por los marineros que tornaron con Colón, de América. En los libros de medicina se le daba el nombre de enfermedad

de las bubas; vulgarmente se le conocía con el de "mudas" o "mal francés". En Francia se le designaba con el calificativo de "maladie de Nápoles" o "fuego español". Hubo épocas en que esta enfermedad arreció como una plaga en algunas ciudades españolas, particularmente en los puertos del mar: entre los soldados mercenarios puede decirse que era un huésped constante; pero no dejó de tener sus víctimas también en la alta sociedad española de las citadas centurias."(siglos XVI y XVII)<sup>32</sup>

Delicado llegó a adolecer de este mal, y fué entonces cuando compuso su tratado, II mal francés, en que dió a conocer la preparación farmacéutica que elaboró a base del "guayaco" o leño de la India. Su uso proporcionó cierto alivio a los enfermos, mas la Lozana de una manera burlona expresa su poca fe en su eficacia:

"Loz.- Di que sanarás el mal francés, y te judicarán por loco del todo, que ésta es la mejor locura que uno puede decir, salvo que el legño es salúífero."<sup>33</sup>

Además, en la Lozana pone de manifiesto el autor su propia versión del origen de esta dolencia:

"...dime, Divicia, ¿dónde comenzó o fué el principio del mal francés?  
Div.- En Rapolo, una villa de Génova, y es puerto de mar, porque allí mataron los pobres de San Lázaro, y dieron a saco los soldados del rey Carlo Cristianísimo de Francia aquella tierra y las casas de San Lázaro, y uno que vendió un colchón por un ducado, como se lo pusieron en la mano, le salió una buba así redonda como el ducado, que por eso son redondas; después aquél lo pegó a cuantos tocó en aquella mano, y luego incontinenti se sentían los dolores acerbísimos y lunáticos, que yo me hallé allí y lo vi, que por eso se dice el Señor te guarde de su ira, que es esta plaga que el sexto ángel derramó sobre casi la mitad de

32. Introducción al Siglo de Oro, pp. 172-3.

33. p. 217.

la tierra.

Loz.- ¿Y las plagas?

Div.- En Nápoles comenzaron, porque también me hallé allí cuando decien que habian enfecionado los vinos y las aguas, los que las bebían luego se aplacaba, porque habian echado la sangre de los perros y de los leprosos en las cisternas y en las cubas, y fueron tan comunen y tan invisibles, que nadie pudo pensar de donde procedian. Munchos murieron, y como allí se declaró y se pegó, la gente que después vino de España llamábanlo mal de Nápoles, y éste fué su principio, y este año de veinte y cuatro son treinta e seis años que comenzó. Ya comienza a aplacarse con el legño de las Indias Occidentales, cuando sean sesenta años que comenzó, al hora cesará."<sup>34</sup>

La cuestión ésta de la difusión extensa de enfermedades abre paso a todo el campo de la superstición y las artes mágicas, al cual el hombre siempre ha recurrido en busca de la mitigación de sus males. La Lozana facilita numerosos detalles sobre este asunto, ajustándose completamente a un criterio emitido por Menéndez y Pelayo:

"Hay, con todo, en nuestra literatura novelesca una rama bastante fecunda, la de Celestinas o "libros lupanarios", en que la heroína tiene invariablemente puntas y collares de bruja y encantadora."<sup>35</sup>

Así que empezando con la serie de imitaciones de la Celestina, a la cual pertenece hasta cierto punto la Lozana,<sup>36</sup> hay una progresión de obras que se ocupan del tema de la superstición, y que terminando con El mágico prodigioso de Calderón cuentan entre su número El Crotalón de Villalón, la Armelina de Lope de Rueda, y con insistencia ya subrayada ya li-

34. Ibid., pp. 212-13.

35. Historia de los heterodoxos españoles, t. II, p. 670.

36. Véase post. p. 26.

gera, toda la obra de Cervantes, mas en primer término, La Gitanilla y El coloquio de los perros.

Ente todos los países de Europa fué España el que menos sintió el peso del revoltijo de ensalmos, conjuros, supersticiones, recetas, hechicerías, brujerías y toda clase de ciencia oculta de que era presa, digamos, Alemania.

En cierta ocasión Delicado da detalles de los procedimientos que se siguen en una especie de fiesta y bautizo que tiene lugar al nacimiento de un niño italiano. Los que están encargados de cuidar a la criatura se bañan en una tina de agua. Todos los demás invitados que se bañan en la misma agua se hacen padrinos del niño, y contribuyen a su crianza. Acerca de esta costumbre hace Delicado la observación de que "no se lo consentirían esto, y otras mill supersticiones que hacen, en España."<sup>37</sup>

Así y todo, había un hombre de ciencia español muy dado a la nigromancia, a saber, el doctor Eugenio Torralba cuyo pronóstico del saqueo de Roma fué immortalizado por Cervantes.<sup>38</sup> Torralba aprendió su arte nigromántico en Italia precisamente en el primer cuarto del siglo XVI, la misma época que nos retrata Delicado.

El autor expone el cuadro de supersticiones y fetichismos corrientes en Italia mediante las obras de la protagonista, que valiéndose de su fama de encantadora, hacía víctimas de su ex-

37. La lozana andaluza, p. 101.

38. Don Quijote, Segunda Parte, cap. XLI.



plotación a innumerables gentes necias y crédulas. Ella misma se jacta de la diversidad de sus conocimientos:

"Yo sé ensalmar, y encomendar y santiguar, cuando alguno está ahogado, que una vieja me vezó, que era saludadera y buena como yo; sé quitar ahitos, sé para lombrices, sé encantar la terciana, sé remedio para las cuartanas y para el mal de la madre, sé cortar frenillos de bobos y no bobos, sé hacer que no duelan los riñones y sanar las renes, y sé medicar la natura de la mujer y la del hombre, sé sanar la sordera y sé ensolver sueños, sé conocer en la frente la phisionomía, y la chiro-mancia en la mano, y preosticar."<sup>39</sup>

He aquí una de las numerosas curaciones que constituían el repertorio de Lozana, ésta concerniente al alivio del mal de la madre.(dolores después de alumbramiento)

"Señora, sahumaos por abaxo con lana de carbón, y si fuese de frío o que quiere hombre, ponne un cerote sobre el ombligo de galbano y armo-niaco, y encienso, y simiente de ruda en una poca de grana, y esto la hace venir a su lugar, y echar por abaxo y por la boca toda la ventosidad, y mire vuestra merced que dicen los hombres y los médicos, que no saben de qué procede aquel dolor o alterna-ción, metelle el padre; y peor es que, si no sale aquel viento o frío que está en ella, más mal hacen hurgándola, y con este cerote sana, y no nuez moscado y vino, que es peor, y lo mejor es una cabeza de ajos asada y comida, "<sup>40</sup>

En boca de Rampín, "el pretérito criado" de la Lozana es puesto un ensalmo del "mal francés", que es en realidad una pa-rodia de los conjuros supersticiosos:

"Eran tres cortesanas y tenían tres amigos pa-jes de Franquilano, la una lo tiene público y la otra muy callado, a la otra le vuelta con el lunario. Quien esta oración dixere tres veces a rimano, cuando nace sea sano. Amen."<sup>41</sup>

39. pp. 167-68

40. Ibid., p. 91.

41. Ibid., p. 67.

Los judíos de Roma encontraron también en las creencias supersticiosas de la gente, un terreno abonadísimo para realizar ganancias. La Lozana da noticia de que había entre ellos adivinadores y conjuradores:

"... aquellos dos son muy amigos nuestros, y sus mujeres las conozco yo, que van por Roma rezando oraciones para quien se ha de casar, y ayunos a las mozas para que paran el primer año."<sup>42</sup>

A esto responde la Lozana en tono despreciativo:

"Yo sé mejor que no ellas hacer eso con el plomo derretido; por ahí no me llevarán; que las moras de Levante me vezaron engañar bobas; en una cosa de vidrio, como es un orinal bien limpio y la clara de un huevo, les haré ver maravillas para sacar dinero de bolsa ajena diciendo los hurtos."<sup>43</sup>

Conviene advertir que Delicado no participó en estas prácticas supersticiosas, al contrario, se descubre como energético discrepante de ellas.

"Auctor-...habeis de saber que todas vosotras(ensalmadoras y sortílegas) por la mayor parte, sois más prestas al mal y a la envidia que no al bien, y si la malicia no reinase más en unas que en otras, no conoceríamos nosotros el remedio que es signarnos con el signo de la  $\dagger$  contra la malicia y dañada intención de aquellas, digo, que lícitamente se podrían decir miembros del diabló; a lo que de los agüeros y de las suertes decís, digo que si tal vos mirais, que haceis mal vos y quien tal cree, y para esto nota que muchos de los agüeros en que miran, por la mayor parte son alimañas o aves que vuelan, a esto digo que es suciedad creer que una criatura criada tenga poder de hacer lo que puede hacer su Criador..."<sup>44</sup>

Para completar este cuadro de costumbres que despliega la Lozana nos falta hacer unas indicaciones acerca de los ti-

42. Ibid., p. 59

43. Ibid.

44. Ibid., p. 169.

pos tradicionales cuya fama estaba puesta en lenguas del pueblo, y de los cuentos de carácter folklórico que se puede entresacar de las páginas de este libro. Se hace mención de Lazarillo<sup>45</sup> y de Pedro de Urdemalas,<sup>46</sup> lo cual demuestra claramente que las hazañas de estos protagonistas andariegos, tramposos y astutos ya fueron contadas en tradiciones orales antes de que se ocuparan de ellos los literatos. También se alude de paso (p. 244) a Juan de Espera en Dios, que según Menéndez y Pelayo es el nombre español del judío errante.<sup>47</sup> Refiere Delicado la historieta del tributo que tuvo que pagar a Gonella, el famoso truhán del duque de Ferrara, toda persona que a causa de una argucia suya se iba luciendo como médico nuevo.<sup>48</sup> Por último, intercala el autor el cuento de Micer Porfirio que se gradúa de bachiller al mostrar su habilidad de leer; cosa que logra la Lozana poniéndole cebada entre las hojas de un libro.<sup>49</sup> Este último cuento está narrado en muchos libros y colecciones, entre ellos el del famoso pícaro alemán, Till Eulenspiegel, mas en la Lozana tiene la singularidad de estar puesta en acción en vez de en narración.

45. "...porque aquella mujer no ha de mirar que yo no soy lazarillo, el que cavalgó a su agüela, que me trata peor, voto a Dios?" p. 139.

46. "Pedro de Urdemalas no supiera mejor enredar como ha hecho este bellacazo..." p. 196.

47. Orígenes de la novela, t. III, p. CXCIX.

48. La lozana andaluza, p. 211.

49. Ibid., pp. 252-3.

#### IV

### Antecedentes literarios de la Lozana y su influencia en la literatura castellana e italiana subsecuentes

La lozana andaluza es una derivación celestinesca. Pertenece a ese grupo bastante extenso de obras que surgieron a raíz del ímpetu que libró de sí la creación altamente trascendental del bachiller Fernando de Rojas, y que refugiándose en el goce del bien logrado, o se moldearon directamente sobre la obra maestra, o encontraron en el carácter y contenido de ésta algo que sirviera de punto de partida para su propia inspiración. Además de la Lozana que en realidad es la que menos influencia refleja, constan como imitaciones de la Celestina las tres comedias anónimas: Tebaida, Serafina e Hipólita, La Segunda Comedia de Celestina (1534?) de Feliciano de Silva, La Tercera Parte de la tragicomedia de la Celestina de Gaspar Gómez de Toledo, La Tragicomedia de Lisandro y Roselia o Cuarta Celestina atribuida al teólogo Sancho Muñón; la Comedia Florinea del bachiller Juan Rodríguez, la Ingeniosa Elena, hija de Celestina (1612) de Salas Barbadillo, El encanto es hermosura y el hechizo sin hechizo o Segunda Celestina, comedia de Agustín de Salazar y Torres y las tres comedias del portugués Jorge Ferreira de Vasconcellos: Aulegrafía, Ulyssipo y Eufrosina con las cuales cesaremos de contar para no caer en pro-

lidad.<sup>50</sup>

A pesar de que está escrita la Lozana en forma dialogada y que el autor se muestra muy admirador de la Celestina citándola en la portada y varias veces a lo largo del libro,<sup>51</sup> poco tiene que ver con ella. La prosa desordenada e incorrecta de la Lozana no puede ponerse en parangón con lo meditado y excelente de la de la Celestina. Como advierte un crítico:

"...nada de común tiene La Lozana, viviendo de su astucia y arte, pero 'sin engañar a persona honesta', con la tercera, que sólo se ocupa en seducir a una doncella de buena casa y costumbres, que es el argumento de la Celestina y de la mayor parte de sus imitaciones, que fueron bastantes."<sup>52</sup>

De modo que tan sólo consideramos a la Lozana influenciada por la Celestina, por su exposición mediante los diálogos, por las alusiones que a ella hace Delicado y por la proximidad de la fecha de publicación de la Lozana a la de la Celestina.

La Lozana tiene gran parecido con los Ragionamenti del italiano Pietro Aretino. Están escritos a base de diálogos como lo está la Lozana, se ocupa del mismo período y deja entrever las mismas costumbres; una de las interlocutoras, la Nanna, es tan socarrona como la Lozana y hace gala de la misma profesión; tienen el mismo fondo escabroso y aun más escan-

50. Cf. Hurtado y Palencia, Historia de la literatura española, 2a edición, pp. 373-4, y Wolf, Studien zur Geschichte der spanischen und portugiesischen Nationalliteratur, p. 290, nota al pie.

51. Cf. pp. 123, 144, 185, 198.

52. La lozana andaluza, Madrid, 1871, Advertencia Preliminar de M. de la F. del V. y J.S.R., p. VII.

daloso que el que ostenta la obra de Delicado. Se ha de suponer que tantas semejanzas implican que una de las dos tomó como modelo a la otra, lo que, sin embargo, no es razonamiento acertado. La Lozana no puede ser imitación de los Ragionamenti, ya que todos aparecieron después de publicada la Lozana (1528). El Ragionamento della Nana e della Antonia es de 1533; el Dialogo della Nanna e della Pippa sua figliola es de 1536; el Ragionamento del Zoppino fatto frate, et Lodovico puttaniere dove contiensi la vita e genealogia di tutti le cortegiani di Roma no fué impreso sino hasta 1539. Tampoco es probable que el Aretino buscara inspiración en Delicado; el parecido extraordinario de las dos obras estriba en los mismos asuntos crudos y vulgares que describen uno y otro escritor con el más vivo realismo.

Sería fácil que Delicado conociera el Decamerone, pues ya había traducciones al español a mediados del siglo XV. Aun cabe que lo leyese en el texto italiano. Empero, a mi parecer, Delicado no demuestra influencia directa de Boccaccio, si bien la Lozana acusa múltiples rasgos eróticos y su protagonista cualidades bien marcadas de solapada y ladina; cualidades que caracterizan a varios personajes del Decamerone. En efecto, la influencia de Boccaccio no arraigó en España sino hasta pasado mediados del siglo XVI, siendo Antonio de Torquemada en sus Coloquios Satíricos y Juan de Timoneda en su Patrañuelo los primeros cuentistas que se inspiran plenamente en la ri-

queza novelística del italiano.

Si se ha de juzgar por las propias palabras de Delicado, su obra no tiene antecedentes literarios. En unas páginas que preceden al Mamotreto I asienta que "...aquí no compuse modo de hermoso decir, ni saque de otros libros, ni hurté elocuencia..." La Lozana es, en rigor, un producto de la misma vida del autor, tal como lo pasó en medio de las degeneradas costumbres romanas.

A lo que parece, la Lozana nunca gozó de gran divulgación ni popularidad, más bien por las señas, fué echada en olvido en seguida. No se vuelve a tener noticia de ella hasta su nuevo descubrimiento en 1845.<sup>53</sup> Por consiguiente, parecen justas las palabras de Menéndez y Pelayo:

"Por lo demás, el Retrato de la Lozana es una producción aislada, que ninguna influencia ejerció en nuestra literatura ni en la italiana, aunque se haya pretendido lo contrario."<sup>54</sup>

53. Cf. bibliografía, nota al pie de la página.

54. "Orígenes de la novela", t. III, p. CCII.

V

Argumento de La lozana andaluza

No es un argumento bien trazado el de la Lozana. Según parece, parte de la acción pasa en 1513, puesto que se menciona la coronación de León X.<sup>55</sup> Sin embargo, más adelante (Mamotreto LIV) se da cuenta de que la narración ha saltado al año 1524.<sup>56</sup> Por tanto, podemos sacar en limpio que el autor no se para en precisar el tiempo exacto en que se desarrollan las incidencias de la obra. El poco esmero y cuidado que pone Delicado en su creación se ven encaminados exclusivamente a la presentación casual pero puntual de los varios aspectos de la vida romana del primer cuarto del siglo XVI a que llega a dar cabida la obra.

Hemos juzgado conveniente asentar punto por punto los lances y las andanzas que determinan la vida de la protagonista por una razón doble; en primer lugar que se hará comulgar al lector con el verdadero ambiente que encierra la obra, y en segundo, por la circunstancia de que hasta la fecha ningún crítico

55. "Loz.-...y yo venia cansada, que me dixeron que el Santo Padre iba a encoronarse. Yo, por verlo, no me curé de comer.

Sev.-¿Y vísteslo, por mi vida?

Loz.-Tan lindo es, y bien se llama Leon décimo, que así tiene la cara." pp. 16-17.

56. Se recuerda que Divicia al hablar del origen del "mal francés" dice: "...y éste fué su principio, y este año de veinte y cuatro son treinta e seis años que comenzó." p.213.



co ha emprendido esta tarea, quizá por estorbarle indebidamente el descaro y desenfado de las situaciones. A nuestro juicio, es imprescindible para el cabal justiprecio de los méritos de la Lozana un conocimiento del argumento, y es con miras a este fin que aquí lo presentamos.

La señora Lozana nació en Córdoba, tierra natal de Séneca. Se llamaba Aldonza en aquel entonces; era la mayor de tres hermanas, y siempre se lució por su comportamiento servicial para con sus padres. Su madre la enseñó a tejer, y mediante el alleccionamiento experto de su abuela, llegó a ser cocinera habilidosa. Muerto el padre, Aldonza acompaña a su madre a Granada para arreglar unas dificultades ocasionadas por éste, que por ser muy adicto al juego, dejó en pleito una casa que allí le pertenecía. Una vez finiquitados los asuntos en Granada, los dos se deciden por mudarse a Jerez. Haciendo escala en Carmoña, durante el trayecto, Aldonza "conversó con personas que la amaban por su hermosura y gracia."

Luego muere la madre, y la huérfana pasa a Sevilla donde queda a los cuidados de una tía que no tarda en ponerse al tanto de su disposición para gobernar una casa. Por tal motivo, la tía presenta a su sobrina a un mercader llamado Diomedes de Ravegnano que anda en busca de una muchacha casadera. Las "lindas carnes y lindeza de persona" de Aldonza cautivaron al italiano a tal punto que fué impulsado a llevarla como compañera en sus peregrinaciones de comerciante por Levante y la Berbería. Las dotes y el ingenio de Aldonza llegaron a ser

conocidos en Alejandría, en Damasco, en Damietta, en Baircut, en parte de Siria, en Chipre, en Cairo y en Chios, en Constantinopla, en Corinto, en Tesalia, en Bujfa y en Candía. Su don de gentes, su labia y lozanía movieron a todos a cambiar su nombre de Aldonza por el de Lozana, y así se llamó desde aquel momento en adelante.

Al fin, la pareja enamorada tiene unos hijos naturales. El padre de Diomedes manda a su hijo rendir cuentas de sus negocios. Mediante las diligencias de sus espías, el padre se entera de las relaciones que han mantenido los enamorados con el resultado de que su cólera se encendió sobremanera. El pobre Diomedes, sin sospechar nada, regresa con todo el séquito de querida e hijos, y con la esperanza de conseguir la aprobación de su padre, proyecta marcharse nuevamente a España a casarse con la Lozana. Mas el padre, no aviniéndose a los deseos de su hijo, mete a éste en la cárcel, y madona Lozana, que "fué despojada en camisa", es entregada a un capitán de barco con instrucciones de echarla a la mar. El capitán, sin embargo, se apiada de la desventurada, y pronto la pone en tierra. Fué entonces cuando unos marineros "la visitaron y la trajeron a Lior-na". Con los dineros que la proporcionó la venta de un anillo que logró esconder en la boca, la Lozana emprende el viaje a Roma donde arriba, por fin, ignorando el lector si le sucedió algún otra novedad.

La Lozana consigue alojamiento en casa de cuatro rameritas españolas con que no tarda en disgustarse. En esto, nuestra

heroína se traslada al barrio de Pozoblanco donde la acogen unas camiseras castellanas. Aquí, entre las mujeres napolitanas que se ganaban la vida dedicadas al embellecimiento de señoritas y a la fabricación de artículos para su tocador, la Lozana aprende a las mil maravillas todo lo concerniente al oficio, en el cual, como más adelante echaremos de ver, llega a superar a las judías, las maestras en aquel arte.

Un día al ver pasar a la Lozana por las calles de Pozoblanco, una camisera sevillana la invita a entrar en su casa. Cuando ésta se entera de que la forastera es paisana suya, muestra gran interés en saber de las peripecias que la habían correspondido en su viaje a Roma. La recién venida la complace con la narración de las grandes líneas de su accidentada vida. Hace referencia la Lozana a una herida que se había inferido en la frente cuando en medio de un arranque de rabia que la sobrevino en el barco que la traía de Marsella, se dió un sínfin de cabezadas. A la sevillana le parece que la herida ha tomado la forma de una estrella, y asegura a la vez a la adolorida que no es de ninguna importancia. Vienen a la casa dos parientas de la sevillana instruídas en el arte cosmético. La Lozana al ser presentada a ellas les relata el disgusto que tuvo con las cuatro ramerás. Como se nos da a conocer, fué producto de un jarro de agua que éstas no querían darle para bañarse. La Lozana se retira para "verter aguas", y las tres mujeres se quedan a hablar de la belleza y de los encantos de



la cordobesa. La conversación entra pronto por el cauce de los chismes y las comadrerías; una vieja fea, clienta de las dos parientas, siendo el objeto de sus habladurías y desprecio. La Lozana ya bañada vuelve a unirse al grupo charlador, y acaba con el relato de la historia de su vida.

Le toca ahora a la protagonista hacer unas preguntas. Se informa de los oficios de los maridos de estas señoras y del gran número de judíos que hay en Roma. Al mostrarse ansiosa por ahondar más en los secretos de los afeites fabricados por las judías, la camisera la da la dirección de una napolitana que ejerce esta ocupación, y que quizá la acepte como criada. Un muchachito llamado Aquilarico viene a conducirla donde la napolitana cuya casa se encuentra más allá en el barrio de Calabrazza. Camino de la morada de la napolitana, tropiezan con unos catalanes que conocen a Aquilarico. La Lozana, al pedirles indicaciones, es cubierta de insultos. Una mallorquina que también la habla en catalán promete ayudarla, si en cambio podrá interesar de ella un favor. La Lozana manda a todos al diablo, y se despide profiriéndoles una maldición en su misma lengua.<sup>57</sup>

Por fin, llega la protagonista a la casa todavía renegando de los catalanes y del muchacho que la abandonó. La napolitana se maravilla de sus conocimientos y de los secretos que aprendió en Levante en beneficio de "las mujeres que no son bellas (y) procuran de sello". De buen grado la ofrece hospedaje en su casa. La Lozana se declara dispuesta a lucir sus habili-

57. Véase ante, p. 8, para detalles de la difusión de los catalanes en Italia.

dades en la tarea de hermostear la cara de la hija más morena de la italiana. En esto, vienen los dos hijos, y la Lozana se pone a interpretarles las arrugas de las palmas de las manos. Tiene ganas de conocer a la ciudad, por cual motivo la napolitana manda a Rampín, su hijo de diez años, para que la acompañe.

El nuevo mozo de la Lozana, por cierto poseedor de una inteligencia muy superior a sus escasos diez años, va enseñando a su ama las vistas de Roma: "Esta es la Ceca dó se hace la moneda, y por aquí se va a Campo de Flor y al Coliseo, y acá es el puente, y éstos son los banqueros." Señala las casas de las cortesanas y meretrices, unas de las cuales se ven rodando las calles; repara en su modo de vestir y en los tributos que tienen que pagar. Rampín entra un momento en casa de una tía a dejar unos comestibles que la Lozana le mandó comprar para la cena. Esta se queda frente a una estufa para charlar con una lavandera española que la explica su manera de defenderse en la vida. Se reduce a colocar criados en casas de señores bien acomodados. Aquéllos luego se dedican a hurtar víveres y toda clase de artículo útil, y ella, al entregar la ropa lavada, viene a recoger la cosecha abundante. ("Desa manera no hay galera tan proveída como las casas de las lavanderas desta tierra.") Luego se compara la manera de lavar de las lavanderas españolas con la de las italianas, así como que se da razón de los ingredientes de un pastel pregonado por un vendedor que acierta a pasar. Rampín se reúne de nuevo a su señora, y en-

tran los dos en la estufa para bañarse. Dada la "mancha" al estufero, se dirigen a la casa de la tía a tomar la cena. Al sentarse todos a la mesa, viene Rampín con el vino y tropieza con el tío. La comida se desparrama por el suelo, y la Lozana resulta empapada en la bebida. Ella considera este accidente como buena señal. Se cena lo mejor que se puede después de haberse llevado el gato la mejor parte de la cena, y acto continuo, todo el mundo se acuesta. Rampín pasa la noche en la cama con la Lozana; el autor insiste en describir la escena con el más preciso realismo. La tía despierta a los dos soñadores a mediodía y quita de la cara de la Lozana un parche usada para embellecer la cutis. Esta observa que el parche está compuesto de ingredientes poco eficaces, y recomienda a la tía otra fórmula de probada superioridad.

Salen la Lozana y Rampín a dar otra vuelta por Roma. Rampín decide permanecer en servicio de su ama, y a propósito, la aconseja fijar una residencia en la ciudad a fin de dar uso positivo a toda la gama de sus secretos curativos y sus ensalmos. Se encaminan a la casa de un judío, un tal Trigo, que se encargará de proporcionarles el mobiliario y hasta la clientela. El rumbo que siguen por las calles sinuosas de Roma viene a dar en la plaza Navona. Rampín se hace lenguas de su gran aseo y orden en el día de mercado, hecho que recuerda a su compañera un estribillo que cantaba que el jueves era día de mercado en su tierra natal de Córdoba. Se hace observación de toda la chusma

del Campo de Fiore y del gran número de mozos, ladroncillos y vagos siempre a la mira de una ocasión para pegarse a un amo. Ama y criado penetran en la judería de Roma, y paran en la morada de Trigo. Rampín entrega a la Lozana un diamante que robó a su último amo, y después de largo regateo el judío les da una cantidad que no equivale ni a la mitad de su valor. Consiguen de él el aparejo deseado, y le hacen mandarlo a la nueva residencia.

He aquí (Mamotreto XVII) una interrupción en el hilo del argumento. Se encuentra a Rampín dándole parte al autor de la invitación de la Lozana para que venga a merendar en su casa. Efectivamente la casa está por establecer. El autor rehusa el ofrecimiento, y a continuación el criado va relatando las tretas de que se vale su ama para explotar hasta más no poder la ignorancia y las supersticiones de sus favorecedores. Este capítulo intercalado anticipadamente sirve para advertir al lector la larga serie de trampas y embustes de los cuales logrará su existencia la protagonista.

Al resumirse el desarrollo de la fábula, se hallan la Lozana y Rampín en el zaguán de su nueva casa esperando que Trigo dé fin a poner en orden el cuarto. Entretanto, se acerca una vieja que ya pasó sus mejores años entregada a ciertos oficios. En el curso de la charla que entabla con la Lozana manifiesta su intención de encontrar a un señor adinerado a quien pueda prestar sus servicios. Como muchos otros, ha sacado en consecuencia que el oficio de criada es, en último

término, el más desahogado que hay en Roma. Viene Trigo para dar aviso de que todo está dispuesto, y el alquiler ya pagado por seis meses adelantados.

Al poco rato se presenta un maestresala mandado por Trigo. La Lozana se entrega a sus deseos después de haberle sacado fuerte cantidad de prendas y regalos. Luego vienen un macero y un valijero, y sucede otro tanto. Este promete regresar en la noche con una valija atiborrada de obsequios, y la Lozana, sin tener que decírsela dos veces, le hace saber que estará pendiente de su visita. Rampín se ocupa en desempeñar el papel de mediador entre su ama y la clientela, y a imitación de ella, se da maña para extraer todo lo posible de los visitantes. Este Mamotreto, el XIX, demuestra palmariamente los dolos y las artimañas de que es capaz la ingeniosa Lozana, y al mismo tiempo hace resaltar vigorosamente el proceder zancadillero que distingue la conducta del tipo picaresco.

El valijero acude a la cita y pasa la noche durmiendo al lado de la Lozana. Las contestaciones que da a varias preguntas que le hace la protagonista, vienen siendo en su totalidad una amplia información doctrinal sobre la prostitución. El valijero se despide, no sin antes dejar cuantiosas prendas, y entra Rampín para pasar el resto de la noche con la Lozana. Trigo, el judío servicial, se presenta con la noticia de que un fraile va venir de visita. La Lozana, con el reparo chistoso y cínico siempre en la punta de la lengua, expresa "que



no hay cosa tan sabrosa como comer de limosna." Anuncia también el judío que cierta cortesana parida solicita una criada, hecho que decide a la Lozana instalarse en una casa cerca de la de la cortesana, y entrar en servicio de ella.

La Lozana en compañía de Rampín visita la casa de la cortesana, y allí conoce a un canónigo que resulta ser padre del niño recién nacido. Haciendo uso de sus conocimientos médicos, la Lozana receta un medicamento para curar un padecimiento sexual de éste, en tanto que da a la cortesana una medicación que aliviará el mal de la madre.

Con el Mamotreto XXIV se da comienzo a la parte segunda de la obra. Se deja truncadas las relaciones con la cortesana parida, y aunque el argumento siga teniendo por asunto las andanzas y argucias de la Lozana y su criado, Rampín, se da la novedad de que éstas revisten ahora un carácter episódico. Cada Mamotreto relata un suceso ocurrido en la vida aventurera de la heroína. Cada capítulo viene a ser las más de las veces una unidad en sí misma que no revela ni continuidad cronológica ni nexos alguno con los demás. Este nuevo tenor caótico que cobra la novela parece producto de unos recuerdos anecdóticos apuntados tal como surgieron en la memoria del autor. Hacia el final de esta segunda parte se deja entrever un ocaso en la fama y popularidad de la Lozana.

El autor junto con un compañero y otro individuo llamado Silvio ven a la Lozana comprar de una pastelera. El compañero

habla de su renombre, su astucia y su belleza, y da a entender que ha sido empuñada por el canónigo que ella misma sanó de su mal. Al acercarse la Lozana, el compañero la presenta al autor. Se enteran de que está ocupada con los preparativos de una fiesta que se va a celebrar en una casa con motivo de un nacimiento.

La heroína, estando de visita en casa de una cortesana conocida por el autor, consigue subsanar la pérdida de unas pertenencias de la cortesana confiadas a su criada, Magdalena. Para lograr su fin, la Lozana se sirve del paje de un caballero que ha venido a pasar un rato divertido con la cortesana; el paje, no dejándose superar, aprovecha el momento para solazarse con la protagonista.

De vuelta en su casa la Lozana increpa enérgicamente a Rampín por no haber recetado en su ausencia cualquier disparate de medicina al canónigo que antes había curado, y que ahora había acudido a ella de nuevo para alivio de otra enfermedad. Luego echa con cajas destempladas a uno que pretende hacerla compañía, pero con vivas ganas se pone a charlar con un alemán que la convida a compartir su comida. Una vez aprovechada la merienda, le deja con toda rapidez. Va pasando por las calles muy de prisa, y a cada paso la saluda un admirador que la trata de entretener. Entre ellos cuentan un portugués, un guardarropa, un sobrestante, un comedor y un notario. Los encaprichados la prodigan regalos en espera de que les complazca algún día.

La Lozana endereza sus pasos a la casa de un señor español con el propósito de hacerse su criada. El señor se entusiasma al oírla decir: "Yo sé hacer butifarros a la ginovesa, garafurias y albóndigas y capiroxada, y salmorejo." El señor se deja llevar de su alegría frente a la expectación de probar un platillo que ya no había saboreado por luengos años. Da órdenes al despensero que la proporcione a la Lozana todo lo que necesite, al paso que la suplica que haga el salmorejo, y que lo traiga ella misma mañana en la mañana,

Torna Rampín a casa de su ama a avisarla que la aguarda una vieja granadina, amiga suya, y su hija abarranganada con un monseñor. Camino de la casa de éstas, la llama a la protagonista un senes paje con quien se muestra un poco disgustada por haberla contrahecho en una comedia de carnaval. La granadina entrega a su visitadora considerable cantidad de bebidas y dulces, haciéndola saber que no le ha de faltar nada durante su preñez, especialmente ya que su hija tiene libre acceso a la guardarropa de monseñor. La granadina aprovecha la ocasión para preguntar a la Lozana su parecer de que si debe entrar de manceba con un señor que la está solicitando con porfía. La Lozana regaña con la interrogadora por no haberse prestado hace tiempo, porque "en Roma todo pasa sin cargo de conciencia." Al fin, la Lozana imparte unos consejos a la vieja relativos a la manera con que la hija parecerá más atractiva a los ojos de monseñor.

Va Rampín para la casa de la Lozana acompañado de un amigo con nombre de Ulíxes. Este viene hablando mal de ella por su falta de hacer honor a sus deudas y compromisos. Se une a la pareja un tal Valerián que acompaña al otro en sus increpaciones. Con todo, los refunfuñadores entran a jugar una partida de "dos a dos". El autor no participa el resultado del certamen.

Amanece la Lozana muy intranquila a causa de un sueño que había tenido aquella noche. Al decir de ella: "...ruchas veces he yo soñado, y siempre ha salido verdad..." Por consiguiente, previene a Rampín que no vaya al río en todo el día, y para precaver cualquier chanchullo que pueda suceder, le quita al criado su espada. Rampín va al mercado a comprar del "frutarolo" y del "pecigerolo". Este le sorprende robando unas frutas del puesto de su amigo. Viene después una pequeña reyerta en que las voces de los italianos prorrumpen en exclamaciones de un español malamente hablado. Como secuela se lleva preso a Rampín a la cárcel de Torre de Nonna.

Viene apresuradamente un compañero de la Lozana con la noticia de que Rampín ha sido reducido a prisión. La ama desesperada cree que su sueño de anoche ha pasado a ser realidad, y que el criado va a perecer en la horca como asesino. Corre frenéticamente por las calles a casa de un señor de cuenta que podrá lograr su liberación. Un malsín que acierta a verla pasar tan alterada está con la creencia de que va a ejercer su

oficio por un individuo acaudalado. Observa que nunca se apresura tanto para atender a persona de magros haberes como él. Otro transeunte y conocido de la Lozana que ya está en la cuenta de lo sucedido, la asegura que Rampín ha sido puesto en libertad, al enterarse el juez de que se trataba solamente del hurto de cuatro berengenas.

Teniendo a su lado otra vez a su criado, la Lozana va camino de su casa. Llega a ellos un trinchante que se pone a hablar con ella, mientras Rampín sube al cuarto. El trinchante empieza a quejarse de la paga exagerada que vienen exigiendo las mujeres de la vida, pero un alboroto producido en la casa interrumpe intempestivamente la conversación. Sucedió que Rampín, al saltar a un lado para evitar que una rata le pasara por encima, cayo en una privada, y el trinchante y la Lozana después de una labor esforzada logran sacarle, desde luego, en un estado poco aseado. La Lozana al avistar a una amiga salamanquina asomada a la ventana de su habitación, sale a verla. La explica que se encuentra escasa de fondos debido al tropiezo de Rampín con las autoridades de la justicia. La amiga dice que tendrán dinero de sobra después de despachar a un par de clientes, y de terminado el repartimiento de las bulas.

La Lozana en busca de nueva casa, da con un escudero con quien entabla una conversación. Hablan de la condición de las mujeres dedicadas a satisfacer los caprichos de los hombres. Según se desprende del diálogo, los gastos de las meretrices

ascienden a la elevada suma de cien mil ducados. Aparece Rampín averiguando el paradero de su ama para pedirla unos dineros con que comer. La encuentra hospedada provisionalmente en la casa de una conocida. Aquí le dan de comer junto con unos otros mozos que se quejan envidiosamente de la ración gigantesca que se sirve el criado.

Se encuentra ahora a la Lozana en la morada de una cortesana dando consejos a la criada. La recomienda que saque todo lo que pueda de un vizcaíno enamorado de ella. La convence, además, de que las dos deben entenderse para sustraer prendas de la cortesana, ya que así no faltará la ayuda mutua en los tiempos de apuros económicos. Sale a la calle la gran urdidora de manejos y encuentra a un individuo muy sentido con las atenciones tibias que le está dispensando su mujer favorita. En cambio del donativo de una capa para Rampín y una cintura napolitana para ella, sale a mediar en favor del malcontento. Preséntase otro para dar su queja, y la Lozana se las arregla de la misma manera.

Un caballero y un embajador napolitano que andan disfrazados por la calle alcanzan a la Lozana. El caballero la presenta a su compañero, el cual muy impresionado por su hermosura y donaire la convida a comer en su casa el día siguiente. El caballero, hablando en nombre del diplomático, suplica a la Lozana que les facilite el paso al aposento de la señora Angelina, petición a que accede después de la entrega por parte

del embajador de una suma que necesita la Lozana con urgencia para pagar el alquiler de su casa. Se despide de ellos no sin que el caballero le ponga antes en el dedo un anillo, como señal de la cita que tiene para comer con ellos. Poco después desoye la Lozana a las súplicas que la hacen los mozos de un señor deseoso de su presencia por saber que la renumeración será poca. Otro señor la encarga también que le consiga una cita con la señora Angelina, y tanto se burla ella de sus pretensiones, que como explica el autor, "estando solos se lo hizo porque diese fe a otra que lo sabía hacer."

La Lozana se halla rodeada de varios admiradores que no se cansan de echarla píropos y de darla regalos en profusión. Ella, a trueque, les favorece haciéndoles saber el concepto en que les tienen sus respectivas queridas. Un alcaide la pide que le saque unos parásitos, "aradores", que tiene bajo la piel, a lo que la Lozana se niega terminantemente al enterarse de la suma mezquina que intenta pagarla.

Siguiendo su costumbre rutinaria de recorrer las calles, es llamada la Lozana a subir al cuarto de la señora Terencia, mantenida en barraganería por un capitán. La Lozana hace mención de su mal estado económico, y luego la conversación se desvía hacia el tema lupanario. En contestación a una pregunta del capitán, declara la Lozana que una puede mantenerse en el oficio bajo discusión por veintiocho años, o sea, de los doce hasta los cuarenta.

Una griega y dos compañeras que están en plan de asistir a un banquete, acuden a la Lozana para ser hermoseadas por sus expertas manos. Rampín les acompaña a la casa, mientras la Lozana va a comprar las cosas necesarias para el maquillaje. Tropezaba con dos señores que conoció anteriormente en Damietta y en Túnez, y que ahora no aparentan estar muy entusiasmados en verla. Por lo visto, la Lozana ha venido a menos después de haber nadado en la abundancia por muchos años. Hay indicaciones de que ya se ve acosada por las estrecheces económicas.

La tercera y última parte de la obra está constituida por los Mamotretos XLI a LXVI, y se distingue de ninguna manera de la parte precedente. Se relata otra tanda de aventurillas que giran en torno de la protagonista, y que en conjunto forman un cuadro de lances generalmente inconexos.

Comienza la tercera parte con un largo soliloquio pronunciado por la Lozana. Toma la resolución de abstenerse completamente del trato con toda amiga y conocida, y de no pedir favores ni referencias a nadie. Se decide a seguir ejerciendo su habilidad de quitar cejas y componer novias, y a valerse de su ingenio para quitar siempre de su clientela masculina lo más posible. Llega el autor y da un mentís a estos planes de completa independencia que se está trazando la Lozana. Hace del conocimiento del lector que son sólo el resultado de unas palabras que ha tenido con una de sus compañeras, y que antes de caer la noche se habrán hecho las paces.— "Ni ella sin ellas,



ni ellas sin ella no pueden vivir." La Lozana le hace entrar, y autor y personaje principal se sientan a merendar. Aquél la dice sin morderse la lengua, que no está conforme con su costumbre de hacer objeto de comercio la ignorancia y las creencias supersticiosas de muchas personas que vienen a consultarla. La Lozana hace su defensa afirmando que dice pocas mentiras; más bien pone tan hábilmente en otras palabras las mismas cosas que se la cuentan, que las hace pasar fácilmente por pronóstico y agüero. De manera que el autor disculpa esta práctica de la protagonista con el razonamiento de que toda persona de haldas o de mangas tiene que ganarse la vida.

Sale el autor a la calle, y con aturdimiento contempla la numerosa clientela que entra y sale de la casa de la Lozana. Vienen mozas y criadas de una cortesana con la cena que tomarán juntas aquella noche; un señor que trae unas cebollas en don por haberle sanado a su hijo del ahito; una señora con dos gansos, víctima del mal de la madre; un palafrenero que sale con una receta para las almorranas de su monseñor y, finalmente, un notario. Un conocido, Silvano, se une al autor y empieza a contar de los embaucamientos y las curaciones extrañas de la taimada Lozana. Sube Silvano a conocer a su antigua amiga. Repara en cuanto ha engordado— la huella fatal del curso del tiempo implacable, y la Lozana a su vez observa nostálgicamente lo mucho que ha decaído la prostitución en Roma. Sigue refiriendo que las de su oficio apenas se defienden ahora, y que

ella misma se ve muy apurada para sostener a Rampín y al otro. (Alude a su niño bastardo engendrado por el canónigo, secreto que por las trazas, ha logrado guardar muy bien.) La heroína propone que se establezca par cuidar a las viejas meretrices un tipo de asilo y pensión semejante al que se proporcionó antaño a los soldados romanos imposibilitados por su edad y sus heridas. De esta manera, sustenta que se asegurará la venida constante de jóvenes dedicadas al oficio, y que se conservará la honra y castidad de las casadas y vírgenes de la tierra.

Silvano torna a contestar, asegurando que ya está construido un asilo al efecto, y que del mismo modo que los generales y vencedores de los tiempos de los Césares nunca dejaron de ser objeto de homenaje, a ellas tampoco les ha de faltar la gloria. La Lozana empieza a hablar en laude de su propio ingenio, y en particular de dos personas que confiadas en su sabiduría, acertaron encontrar unos animales que habían perdido. La infañada de sí misma se muestra muy curiosa por saber la identidad de un amigo de Silvano que anda remedándola con gran destreza.

En el Mamotreto que sigue, el XLVII, se da algunos antecedentes biográficos del autor. Poniendo la narración en boca de Silvano, Delicado con indicios de añoranza, cuenta de las señas de su tierra y, señaladamente, del pueblo de Martos en que pasó la buena parte de su mocedad. Toda la descripción está envuelta en un sabor tradicional y popular riquísimo que impulsa a crítico tan adusto y severo como Menéndez y Pelayo a

confesar que:

"No debía de ser enteramente malo y corrompido el hombre, que en medio de su vida loca y desenfrenada sentía la nostalgia del 'alamillo que está delante de la iglesia de Martos' y a quien el espectáculo de la perversión de Roma y Venecia traía a la memoria por contraste la honestidad y devoción de las mujeres de su tierra."<sup>58</sup>

He aquí una selección de este trozo tan risueño y apacible:

"Por tanto, el templo lapídeo y fortísima ara de Marte fué y es al presente consagrado a la fortísima Santa Martha, donde los romanos, por conservar sus mujeres en tanto que ellos eran a las batallas, otra vez la fortificaron, de modo que toda honestidad y castidad y bondad que han de tener las mujeres, las tienen las de aquel lugar, porque traen el origen de las castísimas romanas, donde muchas y muchas son con un solo marido contentas. Y si en aquel lugar de poco acá, reina alguna envidia o malicia, es por causa de tantos forasteros que corren allí por dos cosas, la una porque abundan los torculares y los copiosos graneros, juntamente con todos los otros géneros de vituallas, porque tiene cuarenta millas de términos, que no le falta, salvo tener el mar a torno; la segunda, que en todo el mundo no hay tanta caridad, hospitalidad y amor proximal cuando en aquel lugar, y cáusalo la caritativa huéspeda de Xpo."<sup>59</sup>

Se oye a gente llamar a la puerta, y terminado su largo monólogo, retírase Silvano por no querer restarla más tiempo a su oyente. Entra un grupo de diez cortesanas a ser afeitadas por la Lozana. Esta habla en tono despreciativo del embellecimiento pésimo que les había hecho previamente las judías. Al aplicarles lo mejor de su ciencia, queda la Lozana muy descontenta con el precio acordado, y las cortesanas, como es natural, disgustadas por pretender cobrarles más. Vienen acto continuo dos camiseras españolas de Pozoblanco para ser arregladas. A.

58. "Orígenes de la novela", t. III, p. CXG

59. p. 184.

éstas, en cambio, la Lozana muy extrañamente les saca nada más que el importe de las materias utilizadas.

Un mozo llamado Herjeto pide a la Lozana que pase a ver a su amo que está enfermo. Para halagarla él joven la cuenta la fama de que disfruta tanto en España como en Italia, y como su nombre está en lenguas de un grupo de mujeres y niñas que acaba de arribar a Roma. La conduce al cuarto del amo, donde tardíamente se entera de la triquiñuela. En el próximo Mamotreto una furiosa Lozana maldice al rufián que logró salir con la suya. Ahora vuelve Rampín a tomar la palabra después de haber guardado silencio por gran número de capítulos. Da parte a su ama de que la vieja meretriz, madona Divicia, la está esperando en casa, y que quiere deshacerse de unos cuchillos que la acabaron de regalar en una feria. Camino de su casa, la Lozana tropieza con un gallego, Sagüeso, que hablando en un aparte decide gozarla de balde. Trata de despertar envidia en ella trayendo a cuento la popularidad de un tal Celidonia. La Lozana no sucumbe y al fin y al cabo, acaba Sagüeso por reconocer la supremacía de la Lozana y Rampín en Roma. Esta le convida a comer, y los dos suben a reunirse con Divicia.

Los tres comensales se sientan a una cena de libre brindada por Divicia, que poco antes había efectuado el robo de las liebres. Esta se pone a hablar de los tiempos pasados y de la popularidad que tuvo en sus años de juventud. Sagüeso se jacta de su vida de parásito, y de su capacidad para congraciarse

con cuantos señores y cortesanas hay en Roma. La Divicia queda dormida, y Sagüeso pone en práctica el arte que acaba de manifestar con tanto orgullo. Luego se retira, y quédanse las dos rameras a platicar. La Lozana empieza por derramar consejos y amonestaciones abundantes. Recomienda a Divicia que no se deje engañar por los hombres, y que saque el doble de otro si se le escapa uno. Para prestar mayor claridad a sus razones, aduce la analogía del hortelano que plantó lechugas entre las coles a fin de aprovechar hasta el último palmo de su sementera. Divicia, siguiendo las instrucciones de la Lozana, pone a hervir los ingredientes de una buena apretadura. Esto hace surgir varias observaciones acerca de la contaminación y la turbiedad del agua del Tiber. Se ocupa también la protagonista del vino y del trigo romanesco que según ella, no se pueden conservar por más de un año. Aparece otra meretriz que pronto despide la Lozana con gran indignación por haber pretendido hacerla partícipe de la corrupción de una virgen. Por fin, oímos contar de la treta del célebre bribón Gonela y del origen del "mal francés".

Viene un joven mantuo llamado Coridon muy apenado por haberse casado con su novia, y contra la voluntad de ella, un viejo rico. La Lozana le aconseja que se disfrace de villana, y por medio de esta estratagema, meterse de criada en casa de su novia. Deberá entonces relatar una triste y desgarradora historia cuyos detalles se asemejan a las circunstancias en que se encuentra la muchacha. Ganada de esta manera la confianza de

la joven y de todos los criados de la casa, tendrá el paso libre para restablecer relaciones con su antigua novia. La Lozana trata de aleccionar al muchacho en la pronunciación de unas frases disparatadas a fin de dar mayor intensidad a su cuita, mas se le hace cuesta arriba por trabucarle las palabras en la lengua al joven italiano. Es de notar que este Mamotreto, el LV, es el que pone de relieve una conducta algo parecida a la de la Celestina por el papel que desempeña la Lozana de consultora en asuntos amorios. Así y todo, bien claro está que su actuación dista de ser una tercería o un engatusamiento de una joven.

Dos galanes en los contornos de la casa de la Lozana ven subir a una italiana y, después a una española que lleva un niño en brazos. Al interrogarles se enteran de que a aquélla se le aplicó un óleo de ruda para curar su sordera, y que al niño le fué pronunciado un ensalmo con objeto de aliviar una afección que tiene. Los observadores empiezan a proferir las increpaciones y maldiciones a que siempre dan origen los dolos y artificios de la solapada Lozana.

La Lozana va para la casa de la Xerezana con un garrafón de agua para lustrar la cara. En el camino se encuentra con una pareja de galanes que la ruegan conseguirles entrada en la casa de esta popular cortesana. Les promete que si les será posible entrar, colgará un paño de la ventana. En cuanto penetra en la habitación de la Xerezana, lo cuelga de la ventana



con el pretexto de que está mojado. Obrando con la trapacería de que ella sólo es capaz, la Lozana la vende el garrafón de agua después de expresar claramente que la había destinado a la Garza Montesina previa entrega de una carretada de leña y dos barriles de vino dulce. La Xerezana se compromete a dar todo lo indicado y, por encima, una capa para Rampín. Hecho el trato, llegan al punto los dos galanes, y véase la Lozana.

Provista de otro garrafón de agua que tiene el don maravilloso de conservar siempre joven al que la usa, pasa la Lozana a casa de la Garza Montesina. Muy hábilmente despierta la curiosidad de la Garza, y en el momento oportuno la espeta el cuento de que ya se lo ha prometido a madona Clarina, la favorita. Caro tiene que pagar la curiosa el agua tan deseada. En la lista figuran diez cargas de carbón, seis ducados, cuatro toneles— uno de "semulela", otro de fideos cecilianos, otro de alcaparras alejandrinas y el cuarto de almendras ambrosinas. Y para colmar la medida se incluye dos cofines de pasas de Alpañecar, dos "presutos", dos "somados", dos quesos mallorquinos, dos parmesanos y un sayo en vez de la capa que se suele poner para el menesteroso Rampín.

En esta ocasión sale la protagonista para el domicilio de la madona Clarina, y tropieza en el camino con dos médicos que se ponen a quejar de que por ser sus curaciones tan eficaces, han perdido ellos toda su clientela. El autor patentiza que los médicos de la época se daban maña para prolongar las

enfermedades de sus pacientes, y que tenían la costumbre de suministrarles substancias producentes de dolores, que desde luego obligarían a los enfermos a hacerles otra consulta. La Lozana enseña a la madona Clarina una loción para los ojos y unos polvos mediante el uso de los cuales jamás se caerán los dientes. Existe desgraciadamente el inconveniente de que se ha comprometido a venderlos a la Imperia de Aviñón, mas la Lozana no toma a mal dar razón a madona Clarina del precio en que habían convenido: la entrega por parte de la Imperia de una suma de dinero, tela para hacer sábanas y camisas, un pabellón, y calzas y un jubón para Rampín. La Clarina la da atropelladamente todo lo declarado, y a la vez hace prometer a la Lozana que no venda el colirio y los polvos a ninguna otra. Esta da su palabra de mezclar con los polvos almáciga, grana y alumbre, ingredientes de inferior calidad, y de agregar olio de habas al colirio para desvirtuarlo.

La Lozana termina su tanda de visitas a las residencias de las cortesanas principales de Roma con su llegada a la casa de la Imperia de Aviñón. La saludan dos juristas, admiradores de ella, y dice la Lozana entre paréntesis que sus conocimientos jurídicos nada les valen en comparación con la abundancia de ciencia útil que trae en su canastillo de afeites. Nicolete, un criado de la Imperia la abre paso, y avisa que están arriba los calzones de raso encarnado. La Lozana tiene el plan de encubrir su hurto con la substitución de un par usado. Entran en



el comedor donde se hallan la Imperia y un coronel italiano a los postres de la comida. La huésped se retira a echar la siesta, y la Lozana colmada de atenciones por los cocineros, se queda a merendar suntuosamente. Un médico, amigo de la Imperia, empieza a charlar con la Lozana, y versa la conversación sobre el modo de que la heroína ganó el sustento suficiente para pasar aquella semana. He aquí lo que relata la Lozana:

Se dió el caso de que un matrimonio al no poder abrir la cerradura de la puerta de su habitación por no fijarse en que la llave estaba incrustada de cera, creyóse hechizado. La Lozana derritió la cera, y a su debido tiempo los esposos agradecidos la retribuyeron con la cantidad de dos julios, una gallina y unos huevos. En esto, el médico da a conocer que desea torpemente a una lombarda, mujer de otro. La Lozana le asegura que la tiene ya como en la bolsa, pues por trato previo con varios lombardos ha aprendido a sacar ventaja de sus supersticiones y credulidad. El engaño de que se valdrá para lograr la complacencia del médico consiste en convencer a la señora de que su niño que está por nacer carece de dedos, y en vista de esto recomendarla un hombre que dará a la criatura los dedos faltantes.

El médico descubre su esperanza de hacerse criado de la Lozana por si acaso la abandone Rampín. Señala, a propósito, como pudieran reunir un capital, él con atender al cuerpo, y ella a la cara de los clientes, pero la Lozana no acoge de buen humor sus pretensiones. En compañía de la Imperia se dirige la

Lozana a la estufa. Ven pasar un número de mozos enmascarados, motivo que impulsa a la protagonista sugerir que salgan presto de la estufa. Parece que durante la temporada en la cual se estila ponerse las máscaras la comitiva de sus favorecedores masculinos aumenta mucho.

En el próximo Mamotreto se ve a la Lozana de regreso en su casa disponiéndose a afeitarse a una paisana llamada madona Pelegrina, bien conocida por sus rasgos de tontedad. Esta hace a la hermoseadora varias preguntas acerca de la condición de los hombres, a las cuales recibe una retahíla de contestaciones puntualísimas. Da fin a la conversación la Lozana con el lema de que "la mujer sin hombre es como fuego sin leña".

Vienen a ver a la Lozana cuatro palafreneros. La piden que les ensalme las bubas de que todos padecen. Así se hace, y entonces la explican el verdadero objeto de su visita. Pretenden conseguir alojamiento en casa de ésta para cierto gentil-hombre llamado Micer Porfirio, que acaba de llegar a Roma montado en su asno Robusto. La Lozana se declara dispuesta a recibirle siempre que venga provisto de dineros abundantes.

Micer Porfirio ha apostado que puede hacer graduar su asno de "bacalorio" (bachiller), pero al darse cuenta de lo difícil que es la realización de su plan, da por perdida la apuesta. La Lozana soluciona el problema con la estratagema de poner cebada entre las hojas del libro, las cuales el asno doblará conforme pronuncia las sílabas que lo habían enseñado. Este episodio -

tiene un antecedente en una de las aventuras del tunante alemán Till Eulenspiegel.

La Lozana, por sentir a la mano la aciaga destrucción de Roma, decide salir con su criado para la isla de Lipardi. Allí cambiará su nombre por el de la Vellida, y descansará de las fatigas de su oficio. En este punto Delicado deja suspenso la narración de la vida de la protagonista, y da fin a su Retrato de la lozana andaluza, terminado, según su decir, el 1º de diciembre de 1524.

En un apéndice añade el autor varios capítulos interesantes y valiosos por los detalles que proporcionan de su propia vida y obra; de ellos nos hemos valido liberalmente en este escrito. Finalmente, constan tres capítulos que tratan del saqueo y de la ocupación de Roma de 1527-28 por parte de un ejército imperial capitaneado por el Duque de Borbon y responsable de sus acciones a Carlos V. Delicado, que fué testigo ocular de la matanza horrorosa de clérigos, de la profanación de templos, del rapto de mujeres y de la destrucción y pestilencia, refleja en estas páginas escritas con gran sinceridad la honda conmoción que sufrió su espíritu.<sup>60</sup> Entre las víctimas se contaban muchas de las favoridas conocidas por el autor. Cita por nombre a la Garza Montesina cuyo cadáver ve pasar llevado sobre una "esca-

60. Para una información amplia de los sucesos conducentes al saqueo de Roma de 1527 y una descripción del asalto cotéjense: Rodríguez Villa, Antonio, Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma..., Madrid, sin año.

lereta". A la manera de Alfonso de Valdés<sup>cm</sup> el Diálogo de Lactancio, Delicado interpreta esta insigne desgracia como castigo del cielo:

"¡Oh, vosotros que vernés tras los castigados, mirá este retrato de Roma, y nadie o ninguno sea causa que se haga otro! mirá bien éste y su fin, que es el castigo del cielo y de la tierra, pues los elementos nos han sido contrarios, gente contra gente, terremotos, hambre, pestilencia, presura de gentes, confusión del mar..."

## VI

Estilo, estructura;

fin del autor al escribir la obra; personajes

Al concebir la Lozana en términos de diálogos, Delicado se muestra partidario de un gusto compartido por la generalidad de los escritores renacentistas. Erasmo, al traducir los diálogos de Luciano de Samosata inspirados en el fin de satirizar las malas costumbres comunes al Imperio Romano de siglo II, llegó a ser un acabado imitador del samosatense. La difusión de sus numerosos diálogos, entre ellos los Colloquia produjo el cultivo de este género por parte de literatos de varias nacionalidades, entre ellos los españoles del Renacimiento. Francisco López de Villalobos, Pero Mejía, Juan de Valdés, Fernán Pérez de Oliva, Juan Ginés de Sepúlveda, Juan Pérez de Moya y los autores de las numerosas derivaciones celestinescas son todos - continuadores de <sup>este</sup> estilo literario. Cristóbal de Villalón en su Crotalón (primera parte del siglo XVI) y Alfonso de Valdés en su Diálogo de Mercurio y Carón(1528) imitan y contrahacen el estilo e invención de varios diálogos de Luciano, imitaciones que van en camino hacia el Coloquio de los perros, "la obra maestra de diálogo lucianesco en castellano." 61 La Lozana, es de

61. Menéndez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, t. II, p. 677.

notar, no tiene sátira, la ironía y el razonamiento filosófico que destacan los escritos de Luciano y sus imitadores, mas tampoco presentan la mayoría de éstos un diálogo en que actúan los personajes, esto es, que tenga un carácter dramático.

El relato del argumento de la Lozana basta con creces para hacer resaltar el conjunto inconexo, confuso, episódico y mal organizado que presenta la obra. Menéndez y Pelayo, indeciso en como calificarla, acaba por decir que "no es comedia, ni novela tampoco, sino un retablo o más bien un cinematógrafo de figurillas obscenas, que pasan haciendo muecas y cabriolas, en diálogos incoherentes."62 Los interlocutores son en su mayoría españoles de baja casta radicados en Roma. La pluma de Delicado ha apuntado con toda naturalidad la lengua hablada por esta gente tosca, soez e inculta, y como es de esperar, sus conversaciones son crudas, groseras y están desprovistas de todo buen gusto. Lo que en realidad nos da a conocer el autor es la jerigonza italo-hispana desarrollada por esta canalla procedente de tierra española, abundante en términos que por su propia singularidad resultan desconocidos al lector. Contrariamente a lo que dice el frontis, la Lozana no está escrita en "lengua muy clarísima". Menéndez y Pelayo en su estudio de la Lozana ha señalado un número de estos barbarismos y palabras disparatadas que no pertenecen ni al castellano ni al italiano, de las cuales estimamos conveniente citar unos ejemplos: "parentado" por parentela, "chambelas" por pasteles, "mancha" por propina,

62. Orígenes de la novela, t. III, p. CXCIV.

"infantescas" por criadas, "forcel" por arca, "travestidos" por disfrazados, "tal volta" por a veces, "refata" por remendada, etc.<sup>63</sup> A título de ejemplos adicionales de este lenguaje raro y curioso merece asentar palabras de procedencia misteriosa tales como "almalafa", "garucar", "turullote", "tabardo", "malcochero", "coradas", "cortecero", "ramazote", "fetarán", "merdohem", "mitirillo", "robayna", "escanfarda", "almiherez", etc. cuyo desentrañamiento amerita propiamente un estudio filológico detenido que está fuera del alcance de esta tesis.

Mas la corrupción que sufrió la lengua castellana en Roma no la acusó sólo el habla de los españoles, sino también los italianos, por resultas de su trato con los extranjeros, llegaron a chapurrear el castellano en una forma muy suya. Como ejemplo tenemos la conversación siguiente en donde un mercader italiano sorprende in fraganti a Rampín robando fruta del puesto de un compañero.

"Pecigerolo- Señor, no, lasa estar.

Rampín- ¿Quién te toca?

Pecig.- Mete qui, que sé.

Ramp.- Va borracho, que no son tuyas, que las traía.

Pecig.- ¡Pota de Santa Nula! ¿tú ne mente per la cara de la gola?

Ramp.- Va daqui, puerco, y rásgame la capa, así vivas tú como son tuyas.

Pecig.- Pota de mi madre, ¿io no te vidi? espeta veray si lo digo al barrachelo."<sup>64</sup>

El mismo Delicado al intercalarse en la fábula como confidente e interrogante de la protagonista no deja de mostrar

63. Ibid., p. CC.

64. La lozana andaluza, pp. 124-5.

más de una vez como se había dado a la costumbre de enturbiar su lengua materna con giros italianos. Pretende encontrar la justificación del empleo de este vocabulario al decir:

"...y si quisieren reprender que por qué no van muchas palabras en perfecta lengua castellana, digo que siendo andaluz y no letrado, y escribiendo para darme solacio y pasar mi fortuna, que en este tiempo el Señor me había dado, conformaba mi hablar al sonido de mis orejas, que es la lengua materna y el común hablar entre mujeres, y si dicen por qué puse algunas palabras en italiano, púdelo hacer escribiendo en Italia, pues Tulio escribió en latín, y dixo muchos vocablos griegos y con letras griegas; si me dicen por qué no fui más elegante, digo que soy ignorante, y no bachiller."<sup>65</sup>

Palabras españolas llegaron hasta el grado de salpicar la conversación de la nata social. Juan de Valdés tuvo por pretexto al escribir su Diálogo de la lengua la instrucción de los dos interlocutores italianos en la lengua española, estudio que estaba a la orden del día porque "ya en Italia, así entre damas como entre cavalleros, se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano."<sup>66</sup> Bajo la influencia española los términos del trato social se volvieron adulatorios, y abundaban los títulos supérfluos. El "tú" se convirtió en "vos", "Majestad" y "Excelencia" estaban muy en boga; a la gente baja se acostumbraba tratárseles con "Vuestra señoría". Este particular se aprecia a todo lo largo de la Lozana. Como una sola muestra desprendemos la siguiente:

"Ramp.- ¿Qué es lo que manda vuestra merced?

Maest.- Tomá, veis ahí por vos, y solicitá que me abra...

65. Ibid., pp. 258-9.

66. Ed. Madrid, Calleja, 1919, p. 33.



Ramp.- Pues venga vuestra excelencia.

Maestr.- Beso las manos de vuestra merced, mi señora.

Loz.- Yo las de vuestra merced..."<sup>67</sup>

La Lozana fué concebida en un ambiente empañado por los vahos de la corrupción y del vicio que emanaban de igual manera de los altos y de los bajos círculos de la sociedad romana, a tal punto que el ideal artístico de Delicado se halla bastante rebajado. A la vez que se haga esta aseveración, habrá que recalcar que el vicio está presentado sin ningún disfraz. Las malas y degeneradas costumbres están descritas de una manera objetiva sin dejar lugar para que aparezcan como cosa atractiva y tentadora. Indudablemente, Delicado, por la vida loca que llevaba, fué en cierta manera víctima de unas circunstancias poco propicias a la creación artística, pero así y todo, el lenguaje que emplea no demuestra selección de palabra alguna. La misma construcción sintáctica anárquica de la fraseología hace al lector el efecto de que el autor ha sido exageradamente descuidado y flojo en la composición de su obra. La estructura de su prosa tiene por base una sucesión flúida de frases cortas que carecen de unidad de sentido entre sí, y que están hilvanadas unas con otras mediante el empleo de la coma y de la conjunción. He aquí unas muestras:

"... la mayor embaidera es que nació, pues pensaréis que come mal, siempre come asturión o cualquier cosa, come lo mejor, mas también llama quien ella sabe lo pagará más de lo que vale, llegaos a ella, y yo haré que no la conoces, y ella veréis que conocerá a vos y a mí, y veréis como no miento en lo que digo."<sup>68</sup>

67. p.72.

68. p.95.

"...Ansí se ayudan las amigas, ¿quién sabe si tú algun tiempo me habrás menester? que las amas se mueren a las amigas no faltan, que tú serás aún con el tiempo cortesana, que ese lunar sobre los dientes dice que serás señora de tus parientes, y todos te ayudaremos, que ventura no te faltará, sino que tú estás ciega con este vizcaíno, y yo sé lo que me sé, y lo que más de dos me han dicho, sino que no quiero que salga de mí, que yo sé donde serías tú señora, y mandarías y no serías mandada, y me vó que tengo que hacer, aquí verná mi mozo, dale tú aquello que sabes que escondimos..."<sup>69</sup>

La prosa de Delicado refleja gran delectación en el uso del sustantivo. Parece que con verdadero deleite va colocando en nuestro camino las noticias de cocina y repostería que a veces brotan en chorros produciendo en la mentalidad del lector el olor de manjares exquisitamente aderezados:

"...por amor de mi agüela me llamaron a mí Aldonza, y si esta mi agüela viviera, sabría yo más que no sé, que ella me mostró guisar, que en su poder aprendí hacer fideos, empanadillas, alcuscuzu con garbanzos, arroz entero, seco, graso, albondiguillas redondas y apretadas con culantro verde, que se conocian las que yo hacia entre ciento. Mirá, señora Tía, que el padre de mi padre decia estas son de mano de mi hija Aldonza; ¿pues adobado no hacia? sobre que cuantos traperos habia en la cal de la Heria querian proballo, y máxime cuando era un buen pecho de carnero, y ¡que miel! pensá, señora, que la teniamos de Adamuz y zafrán de Peñafiel, y lo mejor de la Andalucía venia en casa de esta mi agüela. Sabía hacer ojuelas, pestiños, rosquillas de alfaxor, textones de canamones y de ajonjolí, nuégados, xopaipas, hojaldres, hormigos torcidos con aceite, talvinas, zahinas y nabos sin tocino y con comino; col murciana con alcarabea, y olla resposada no la comia tal ninguna barba; pues boronía ¿no sabia hacer? por maravilla, y cazuela de berengenas moxies en perfición; cazuela con su ajico y cominico, y saborcico de winagre, esto hacia yo sin que lo vezasen. Rellenos, cuajarejos de cabritos, pepitorias y cabrito apedreado con limón de ceuti, y cazuelas de pescado cedial con oruga, y cazuelas moriscas por maravilla, y de otros pescados que

sería luego de contar. Letuarios de arroyo para en casa, y con miel para resentar, como eran de membrillos, de cantueso, de uvas, de berengenas, de nueces y de la flor del nogal, para tiempo de peste; de orégano y hierba buena, para quien pierde el apetito; pues ¿ollas en tiempo de ayuno? éstas y las otras ponía yo tanta hemencia en ellas, que sobrepujaba a Platina, De voluptatibus y Apicio Romano, De re coquinaria..."70

Para no caer en una enumeración prolija, sólo daremos a título de noticias adicionales la de la preparación de una rosca que se comía en Roma y de la cual informa Rampín:

"De harina y agua caliente, y sal y mata la uva, y poco azucar, y danles un bulle en agua, y después meténlas en el horno."71

Además, ocupan la atención del autor los componentes de afeites, pegotes, unguentos y lociones, en cuya elaboración la Lozana se muestra tan amaestrada como en la de los platicos. En concepto de ingredientes de carácter secreto aprovechados en la fabricación de cosméticos y artículos de maquillaje se destacan tales extrañezas como: trementina, pez greca, calcina virgen, cera, limón, agraz estilado, aceite de adormideras, olio de almendras amargas, olio de calabaza, retama, jara, marrubio y piña, enumeración que recuerda vivamente la información que facilita sobre el mismo tema el Corbacho o Reprobación del amor mundano de Alfonso Martínez de Toledo escrito un siglo antes.

Del gusto de los escritores del siglo XVI tanto en España e Italia como en otras partes fué la hábil intercalación en

70. pp. 5-6.

71. p. 42.

sus obras de colecciones de dichos agudos y refranes. La Celestina contiene una agregación extensa de proverbios y moralidades señaladamente de Aristóteles, Séneca y Petrarca, y con esto coinciden el Corbacho y el Libro de buen amor, obras de las cuales sacó Rojas para la creación de su tragicomedia. Delicado, quizá siguiendo deliberadamente los pasos del autor de la Celestina, intercala un número de estas sentencias en la Lozana, pero son relativamente pocas comparadas con la cifra elevada que tienen las susodichas producciones. He aquí en su totalidad la colección de refranes que hemos entresacado de la Lozana, la mayoría de ellos puestos en boca de la protagonista:

1. Amuestra a tu marido el copo, mas no del todo.....p. 7.
2. La que las sabe las tañe.....p. 23.
3. Por do fueres, de los tuyos halles.....p. 29.
4. Ayunar o comer trucha.....p. 33.
5. Harto da quien da lo que tiene.....p. 39.
6. Un loco hace ciento.....p. 56.
7. Oro es lo que oro vale.....p. 59.
8. Los duelos con pan son buenos.....p. 62.
9. El que siembra alguna virtud coge fama, quien dice la verdad cobra odio.....p. 63.
10. Ave del tuyo, y quien le hace la jaula fuerte, no se le va ni se pierde.....p. 79.
11. ¿Quien te enriqueció? quien te gobernó.....p. 87.
12. De lo que no habeis de comer dexadlo cocer.....p. 98.
13. Quien menea la miel, panales o miel come.....p. 109.
14. No seais fiel a quien piensa que sois ladrón.....p. 109.
15. El molino andando gana.....p. 118.
16. A la necesidad no hay ley.....p. 119.
17. Allégate a la pena, mas no te despeña.....p. 129.
18. A nadie hace injuria quien honestamente dice su razón.....p. 133.
19. Quien se muda Dios le ayuda.....p. 133.
20. El pecado callado, medio perdonado.....p. 152.
21. A los audaces la fortuna les ayuda.....p. 162.
22. Mejor es tener que no demandar.....p. 164.
23. A todo hay remedio sino a la muerte.....p. 166.
24. Quien viene, no viene tarde.....p. 174.
25. No donde naces, sino con quien paces.....p. 185.

26. Cuando amanece, para todo el mundo amanece.....p. 186.
27. A río vuelto ganancia de pescadores.....p. 186.
28. Sea marido aunque sea de palo, que por ruin que sea es marido.....p. 190.
29. No hay cosa nueva debaxo del sol.....p. 190.
30. Más sabe quien mucho anda que quien mucho vive, porque quien mucho anda, ve lo que ha de oir.....p. 193.
31. La codicia rompe el saco.....p. 195.
32. Lo que con uno se pierde con otros se gana.....p. 196.
33. Teme a Dios y honra tu rey.....p. 217.
34. Quien no se arriesga no gana nada.....p. 219.
35. Más vale asno que os lleve que no caballo que es derrueque.....p. 243.
36. La miseria es sobrina de la envidia.....p. 250.
37. El hombre apercebido medio combatido.....p. 254.

Aparecen ciertos matices satíricos en la Lozana, aunque es de notar desde el principio, que son de carácter secundario, y que de ninguna manera forman el propósito principal que tuvo presente el autor al escribirla: Delicado lanza alguno que otro dardo a la relajación de la moral del clero y a los embustes practicados con harta frecuencia por la profesión médica. A este respecto, se intercala el Mamotreto XXIII que trata del canónigo que empreñó a una cortesana y, por añadidura, varios reparos tocantes a la venta abusiva de las bulas:

"...el despachar de las buldas lo pagará todo, o cualque minuta, ya sabes, Lozana, como vienen dos mill ducados del abadía, los mill son míos y el resto poco a poco."<sup>72</sup>

"...y agora mi amo está aquí en casa de una que creo que tiene bulda firmada de la Cancillería de Valladolid, para decir mentira y loarse, y decir que fué y que fué, y voto a Dios que se podía decir de quince días como Elena."<sup>73</sup>

Asimismo, el Mamotreto LIX pone de manifiesto los embau-  
camientos y los usos deficientes de toda ética profesional que

72. p. 136.

73. p. 192.

emplearon los médicos sin el menor resquemor de conciencia. Unas palabras de la Lozana hacen resaltar lo que sin duda fué la opinión burlona sustentada por el vulgo en cuanto a los médicos de la época y su falta de probidad:

"Mi señor, prometéme de no dallo en manos de médicos, y dexá hacer a mí...(que es órgano que no quiere)...crueldad de médico cobdicioso y bien vestido."74

¿Qué finalidad podía haber impulsado a Delicado a escribir la Lozana? En la dedicatoria de la obra dice que "solamente diré lo que oí y ví...así daré olvido al dolor...encomendando a los discretos lectores el placer y gasajo que de leer a la señora Lozana les podía suceder." En otras palabras escribió Delicado con ojo a los hechos reales; una ojeada a la obra demuestra, hasta la evidencia, que logró cabalmente su deseo. En un capítulo juntado al fin de la parte dialogada de la obra, el autor con un cierto soplo vindicativo hace hincapié otra vez en su esfuerzo por hacer una copia de la viva realidad:

"...si me dicen cómo alcancé a saber tantas particularidades, buenas o malas, digo que no es mucho escribir una vez lo que vi hacer y decir tantas veces; y si alguno quisiere decir que hay palabras maliciosas, digo que no quiera nadie glosar malicias imputándolas a mí, porque yo no pensé poner nada que no fuese claro y a ojos vistas..."75

La Lozana se presta muy bien a parangones con el Satyricon de Petronio. Al igual de éste, es un retrato de costumbres descosido y revuelto escrito por simple amor al arte, bien que el gusto artístico desplegado por Delicado sea patentemente

74. p. 90.

75. p. 259.

muy escaso. En el fondo, las dos no son obras de oposición ni de lucha, ni abrigan fines didácticos; a una y otra es el personaje principal que las da visos de unidad.

La cita desprendida de la dedicatoria de la Lozana y aducida unas líneas arriba deja ver claramente un propósito de divertir y de entretener al lector, finalidad idéntica que tuvieron Boccaccio al escribir las cien novelas del Decamerone y el Aretino cuando compuso los diálogos que constituyen los Ragionamenti. De paso conviene dejar en claro que Delicado está lejos de tener el genio inventivo y la riqueza de imaginación de los 'novellieri' italianos. A consecuencia de este carácter recreativo y superficial de la Lozana, también entra en el cuadro la posibilidad de que Delicado recurriese al tema erótico llevado por las urgencias económicas. El mismo indica que

"...esta necesidad me compelió a dar este retrato a un estampador por remediar mi no tener ni poder, el cual retrato me valió más que otros cartapacios que yo tenía por mis legítimas obras..."<sup>76</sup>

Total, que podemos sacar en consecuencia que la Lozana no es obra que pretende tratar de cuestiones profundas, palpitantes o trascendentales. Su valor no es estrictamente literario, sino más bien estriba en el espejo de costumbres que proporciona. Su autor no se propuso otra finalidad como no fuera la de transcribir de una manera despreocupada y realista un cuadro de las costumbres sueltas y relajadas de la Roma de su tiempo, que resultaría agradable a la generalidad del público lector.

La Lozana parece haber sido una persona auténtica. Menéndez y Pelayo ha señalado su gran parecido con la frívola y desenvuelta Isabel de Luna que figura en las novelas del obispo dominico Bandello(1485-1561).<sup>77</sup> Delicado mismo, que cultivó la amistad de la Lozana, alude a la veracidad de su existencia.<sup>78</sup>

La personalidad y el carácter de la Lozana están cabalmente retratados no mediante la descripción y la narración, sino por medio de su propia actuación y sus relaciones y conversaciones con los demás personajes de la fábula. Bien se podrá decir que de las ciento veinticinco personas que intervienen en la obra, según noticia que nos da el mismo autor, personajes que abarcan todos los rangos de la sociedad: señores acomodados, embajadores, médicos, soldados, meretrices y gentuza mísera y pobre de diversas nacionalidades, no hay ninguno en que se detenga el autor para darle una individualidad bien definida. Desfilan uno tras otro por las páginas del libro, hacen la pequeña danza e interlocución que a cada cual corresponde, la Lozana se les enfrenta, los manipula, explota y aprovecha en servicio propio, y luego van por su camino que nunca vuelve a cruzar el de la protagonista. A tal punto que esta corriente de gentes que se desliza en flujo uniforme a través de la obra entera sirven exclusivamente para realzar la personalidad de la protagonista, a la vez que hacen su pequeña contribución al cua-

77. Orígenes de la novela, t. III, p. CXCVIII.

78. "Y porque este retrato es tan natural, que no hay persona que haya conocido la señora Lozana en Roma o fuera de Roma, que no vea claro ser sacado de sus actos y meneos y palabras..." p. 2.



dro que se va dibujando de la vida y costumbres particulares de la Roma de la época. Hasta Rampín, que es el único entre todo el tropel que da señales de la forjadura de una verdadera individualidad, está sólo a medio trazar. Se destacan huellas firmes de su astucia, de su temperamento colérico y de su servilismo, mas, en cambio, son grandes los intervalos en que no toma la palabra para nada.

Por otra parte, la personalidad de la protagonista resalta vigorosamente. Es una mujer curtida en las adversidades de la vida. Su inteligencia, la simpatía de sus modales, su buen humor, sus mañas, su personalidad bonachona y maliciosa la valen su existencia desahogada y los grupos respectivos de admiradores, renegadores y envidiosos. Un interlocutor de la obra resume su plan de vida en la forma siguiente:

"Autor-...decíme ¿es cortesana?

Comp.- No; sino que tiene ésta la mejor vida de mujer que sea en Roma. Esta Lozana es sagaz, y bien mira todo lo que pasan las mujeres en esta tierra... De modo que agora se va por casas de cortesanas, y tiene tal labia, que sabe quién es el tal que viene allí, y cada uno nombra por nombre, y no hay señor que no desee echarse con ella por una vez, y ella tiene su casa por sí, y cuanto le dan lo envía a su casa con un mozo que tiene, y siempre se le pega a él y a ella lo mal alzado, de modo que se saben remediar, y ésta hace embaxadas, y mete de su casa mucho almacén, y sábele dar la maña, y siempre es llamada señora Lozana, y a todos responde, y a todos promete y certifica, y hace que tengan esperanza aunque no lo haya."79

En su lengua siempre retoza el reparo cínico, la agudeza espontánea y el chiste muchas veces subido de color. A pesar

de los aspectos viles que irremisiblemente tiene que reflejar su vida de ramera la Lozana dista de ser una persona degenerada y empedernida; al contrario tiene amor propio, no deja de comportarse con mucha honestidad, sobre todo cuando están en juego la hora y la reputación de doncellas y señoras respetables:

"...y no me empaché jamás con casadas ni con virgos, ni quise vender mozas, ni llevar mensaje a quien no supiese yo cierto que sus mujeres me hagan displacer, sino de mi oficio me quiero vivir..."<sup>80</sup>

## VII

### La lozana andaluza y la novela picaresca

Hay otro aspecto notable correspondiente al carácter de la Lozana, a saber, sus trazas de pícara. Sobre este particular hay discrepancia en los críticos que han estudiado el asunto. Julio Puyol mantiene que hasta la aparición del Lazarillo a mediados del siglo XVI, los personajes femeninos como la Trotaconventos del Libro de buen amor, la Celestina y la misma Lozana monopolizan el papel picaresco. J.A. van Praag, al contrario, rebate este razonamiento declarando que "la pícara no es prostituta ni menos alcahueta, aunque posible es que llegando a vieja lo sea."<sup>81</sup> En lo personal sustento el criterio de que en el fondo la Lozana no es pícara. Rasgos de carácter picaresco sí acusa: la vida aventurera que llevó mientras estuvo en servicio de su novio, el mercader Diomedes de Ravegnano, los breves plazos en que sirvió de criada a una cortesana (Mamotreto XXIII) y a un señor español (Mamotreto XXVIII), la riqueza de su ingenio, su habilidad para ganarse la vida sin fatiga, su descaro y cinismo en cuestiones del amor, su propia incapacidad para sentir el amor como verdadera pasión y sentimiento ennobecedor dan fe de sus disposiciones picarescas. Con todo, la

81. "La pícara en la literatura española", Spanish Review, vol. III, noviembre, 1936, p.72.

Lozana no puede ser pícara porque la vida que lleva es, en rigor, una que no necesita de los cuidados de otros. Su vida se distingue por lo independiente que es. Su condición de ramera, su negocio próspero de ensalmadora y de fabricante de afeites no la obligan a buscar la protección de un amo. En este sentido, es Rampín más bien que su ama, el que se destaca como pícaro,

En efecto, la ciudad de Roma ofrecía un terreno amplio para el fomento de la ingeniosidad y el arte acabado de la ratearía, a las cuales se entregaban infinidad de mozos y mozas que revisten todas las características de pícaros. Entre el número de éstos se descuella en primer término el 'pretérito criado' Rampín, quien nos cuenta de primera mano de la vida de los moradores del barrio de Campo de Fiore. En este foco de infección social donde reinaban implacables la incuria y la holgazanería siempre propicias a la incubación y el desarrollo del pícaro, <sup>r</sup>ululaba un enjambre de gentes de baja estofa determinadas a pasar su vida con un mínimo absoluto de esfuerzo y trabajo:

"...mirá, los mozos y las fantescas son los que difaman las casas, que siempre tienen una caja fuera de casa, para lo que hurtan, y ellas quieren tener un amigo que venga de noche, y otramente no estarán, y la gran necesidad que tienen los amos se lo hacen comportar, y por eso mudan, pensando hallar mejor, y solamente son bien servidos el primer mes. No hay mayor fatiga en esta tierra que es mudar mozos, y no se curan, porque la tierra lo lleva, que si uno los deja, otro los ruega, y ansí ni los mozos hacen casa con dos solares, ni los amos los dexan sus herederos, como hacen en otras tierras; pensá que yo he servido dos amos en tres meses, que estos zapatos de seda me dió el postrero, que era escudero y tinié una puta, y comiamos comprando de la taberna, y ella era golosa, y el pensaba que yo me comía unas sorbas que habían

quedado en la tabla, y por eso me despidió; y como no hice partido con él, que estaba a discreción, no saqué sino estos zapatos a la francesa, esperanza tenía que me había de hacer del bien si le sobraba a él."82

No hace falta violentar la imaginación para apreciar las semejanzas que tiene este trozo con las aventuras de Lazarillo de Tormes.

Una de las compañeras de la Lozana hace una enumeración curiosa de algunos de los lugares que llegó a conocer a través de sus andanzas, o, al menos, por haber oído repetidas veces de su notoriedad:

"Herj.- Señora, hasta agora yo y mi amo habemos posado en la posada del señor don Diego o Santiago a dormir solamente, y comer en la posada de Bartolero, que siempre salimos suspirando de sus manos; pero tienen esto, que siempre sirven bien, y allí es otro estudio de Salamanca, y otra Sapiencia de París, y otras Gradas de Sevilla, y otra Lonja de Valencia, y otro Drageto o Rialto de Venecia, y otra barbería de cada tierra, y otro Chorrillo de Nápoles, que más nuevas se cuentan allí que en ninguna parte destas que he dicho, por muchas que digan en Bancos."83

Según Croce estos sitios fueron los puntos de congregación del mundo comprendido por esos vagos de baja condición y antecedentes poco recomendables que lograron su existencia dedicados al hurto y urdiendo artimañas y engañifas de todo género.84 Estas noticias de guaridas de pícaros que nos da Delicado traen en seguida a la memoria la serie de lugares frecuentados por el mundo picaresco español, que pone Cervantes en boca del ventero socarrón en el capítulo III de la primera parte del libro incom-

82. pp. 57-58.

83. pp. 191-2.

84. Op. cit., pp. 196-7.

parable.

"...los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Petro de Córdoba y las Ventillas de Toledo."

En cuanto a la relación que tiene La lozana andaluza con el género picaresco, están contestes las autoridades literarias en que junto con el Libro de buen amor, el Corbacho o Reprobación del amor mundano y la Celestina, abrió paso al pleno desarrollo de la novela picaresca tal como son concebidos el Lazarillo de Tormes, el Guzmán de Alfarache y la Vida del Buscón. En estas cuatro obras precursoras del género se ha fijado en un fondo común de pintura realista de los bajos fondos de la sociedad, el empleo de un lenguaje popular que contiene los gérmenes de la prosa picaresca, un plan de aventuras de carácter episódico y la presentación de costumbres y tipos de la sociedad con el fin de satirizar y criticarlos. La Lozana, en su caso particular, posee todos estos elementos comunes a todas las obras del género, por más que no sea muy fuerte en el aspecto satírico, crítico e irónico que es indefectiblemente parte integral de la verdadera novela de pícaros. Valbuena, ha resumido de la siguiente manera las notas esenciales de la Lozana en cuanto conciernen a la novela picaresca:

"...el hilo narrativo, la técnica anecdótica novelesca, la aventura, y el tipo especial de la protagonista femenina colocan la obra en el camino que conduce a la 'picaresca' propiamente dicha."<sup>85</sup>

La Lozana tiene de hecho en estrecho parentesco con las

85. La novela picaresca española, Introducción, p. VI.

varias pícaras que se cuentan entre la creación picaresca bien concretada. Sólo que las protagonistas de la Pícaro Justina (1605) de López de Ubeda, de La hija de la Celestina o la ingeniosa Elena (1612) de Salas Barbadillo, de la Niña de los embustes, Teresa de Manzanares (1632) y de La Garduña de Sevilla y anzuelo de bolsas (1642) ambos de Alonso de Castillo y Solórzano, se distinguen por un estilo de vida algún tanto variante del que revela la Lozana. La verdadera pícaro es una delincuente, mientras que si descontamos la lacra de la prostitución en el caso de la Lozana, su conducta para de ser delictuosa. La verdadera pícaro es capaz de casarse a pesar del hecho de que el amor no deja huella profunda en su vida afectiva. Para la Lozana, en cambio, los hombres no pasan de ser un objeto de comercio. A través de todo su trato ladino con otras personas, sean quienes sean, siempre se empeña en dar algo de vuelta, siempre rinde algún servicio al que está engañando. La pícaro acabada urde también, desde luego, trapacerías encaminadas al lucro personal, pero por contraste no da nada en cambio; practica exclusivamente el robo puro y descarado.

Así que teniendo en cuenta toda la evidencia aquí asentada, La lozana andaluza se muestra sin género de dudas como precursora inmediata de la novela picaresca.<sup>86</sup>

86. En este particular están acordes tales críticos de relevante mérito como:  
Chandler, F.W., The Literature of Roguery, vol. I, p. 6.  
Northup, G.T., An Introduction to Spanish Literature, p. 173.  
Romera-Navarro, M., Historia de la literatura española, p. 218.  
Valbuena Prat, A., op. cit., p. VI.

## BIBLIOGRAFIA

### Ediciones de La lozana andaluza

- Delicado, Francisco, Retrato de la lozana andaluza; en lengua española; muy clarísima. Compuesto en Roma. El cual Retrato contiene munchas mas cosas que la Celestina. Sin lugar ni año.<sup>1</sup>
- Delicado, Francisco, Retrato de la lozana andaluza, en lengua española muy clarísima, compuesto en Roma. El qual retrato demuestra lo que en Roma pasaba, y contiene muchas más cosas que la Celestina. Ed. de Marqués de la Fuentesana del Valle y José Sancho Rayón. Madrid, Rivadeneyra, 1871.
- Delicado, Francisco, La lozana andaluza, 2 tomos. Texto castellano y traducción francesa de Alcides Bonneau. Paris, Liseux, 1888.
- Delicado, Francisco, Retrato de la lozana andaluza en lengua española muy clarísima. Compuesto en Roma por Francisco Delicado, vicario del Valle de Cabezuela y publicado por primera vez en Venecia en los años MDXXVIII, el cual retrato demuestra lo que en Roma pasaba y contiene muchas más cosas que la Celestina. Nota bibliográfica de Luis de Lara. Madrid, Antonio Marze Pérez, (1899?). (Colección de libros picarescos).
- Delicado, Francisco, La lozana andaluza (La Gentille Andaluose, XVI<sup>e</sup> siècle). Introduction, essai bibliographique par Guillaume Apollinaire. Paris, 1912. (Bibliothèque des Curieux).
- Delicado, Francisco, Retrato de la lozana andaluza en lengua española muy clarísima. Compuesto en Roma por Francisco Delicado, Vicario del Valle de Cabezuela, y publicado por primera vez en los años MDXXVIII, el cual retrato demuestra lo que en Roma pasaba, y contiene muchas más cosas que La Celestina. Introducción de Eduardo María de Segovia. Madrid, Mundo Latino, 1916.

1. Este libro se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena. Está escrito en 4.<sup>o</sup>; consta de 54 folios; signaturas Aij-Nij; con grabados en madera. Imprimióse en Venecia, por el año 1528, según su final. Fernando Wolf fué el que dió la primera noticia de este libro en 1845. Posteriormente, Pascual de Gayangos hizo sacar varias copias del libro de Venecia, una de las cuales se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Las ediciones de 1871, de 1888 y de 1899 proceden de esta copia.



Bibliografía (concluída)

Delicado, Francisco, La lozana andaluza. Introducción de A.A. de la V. París, Louis-Michaud, sin año.

...

Estudios sobre La lozana andaluza (Obras de consulta)

- Chandler, F.W., The Literature of Roguery, vol. I. Boston and New York, Houghton Mifflin, 1907, p. 7.
- Croce, Benedetto, España en la vida italiana durante el Renacimiento. (Traducción española de La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza, Bari, Laterza e Figli, 1917, hecha por José Sánchez Rojas). Madrid, Mundo Latino, 1925.
- Hurtado y J. de la Serna, J. y González Palencia, A., Historia de la literatura española. 2ª edición. Madrid, Tipo. de la Revista de Arch., Biblio. y Museos, 1925.
- Menéndez y Pelayo, M., Historia de los heterodoxos españoles, tomo II. Librería Católica de San José, sin lugar ni año, pp. 654, 670-77.
- Menéndez y Pelayo M., Orígenes de la novela, tomo III, Madrid, Bailly-Bailliere, 1910. Introducción, pp. CLXXXIX-CCIIII.
- Northup, G.T., An Introduction to Spanish Literature, Chicago, University of Chicago Press, 1925, p. 173.
- Pfandl, Ludwig, Introducción al estudio del Siglo de Oro. Primera edición española traducida directamente del alemán con prólogo del P. Félix García. Barcelona, Araluce, 1929, pp. 172-73.
- Praag, J.A. van, "La pícara en la literatura española" en The Spanish Review, New York, 1936, III, pp. 63-74.
- Reyes, A., "La Garza Montesina" en Sur, 1938, VIII, núm. 42, pp. 27-35.
- Romera-Navarro, M., Historia de la literatura española, New York, Heath, 1928, p. 218.
- Valbuena Prat, A., La novela picaresca española, Madrid, M. Aguilar, 1943. Introducción, p. VI.
- Wolf, F., Studien zur Geschichte der spanischen und portugiesischen Nationalliteratur, Berlin, 1859, p. 290,

## INDICE

I. Introduccion.....	1
II. El autor—su vida y obra.....	3
III. <u>La lozana andaluza</u> como espejo de costumbres y de la influencia española en Italia.....	8
IV. Antecedentes literarios de la Lozana y su influencia en la literatura castellana e italiana subsecuentes..	26
V. Argumento de <u>La lozana andaluza</u> .....	30
VI. Estilo, estructura; fin del autor al escribir la obra; personajes.....	59
VII. <u>La lozana andaluza</u> y la novela picaresca.....	73
Bibliografía.....	78



FILOSOFIA